

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXII

San José, Costa Rica 1936 Sábado 1.º de Agosto

Núm. 5

Año XVIII — No. 765

SUMARIO

Erasmus de Rotterdam	Azorín	A propósito del centenario de Garcilaso de la Vega	Adilio Gutiérrez
La dificultad de ser cubano	Alberto Arredondo	Oración fúnebre a una fábula	Paul Valery
Fascistas y cavernícolas en España, y acá...	Juan del Camino	Obreros y fábricas	Gonzalo Dobles
13 bandas y 48 estrellas	Rafael Alberti	Recado sobre un mito americano: el Caleuche, de Chile	Gabriela Mistral
La última lectura de F. Grandmontagne	Ricardo Sáenz Hayes	Fuego en la lluvia	Antonio Acevedo Escobedo
El emigrante fracasado	Benjamin Jarnés	Reflexiones sobre la violencia	B. Sanín Cano
Elegía del cuervo y los personajes novelescos	F. Miranda Nieto	Huichilobos y el bisonte de Altamira	Miguel de Unamuno
Teresa de la Parra	Juan Ramón Jiménez		

Erasmus de Rotterdam

Por AZORIN

= De Ahora, Madrid. =

En la noche del 11 al 12 de julio de 1536, expiró Desiderio Erasmo. El IV centenario de la muerte de Erasmo se cumple, por lo tanto, este año. Invita a meditar sobre la actitud del humanista esa fecha memorable. ¿Cuál fué en la vida la actitud de Erasmo? Erasmo niño no era nada. Su padre fué un clérigo. Tuvo el hijo antes de ser ordenado. Su madre fué una mujer desconocida. Los padres de Erasmo murieron durante la niñez del humanista. El padre se llamaba Gerardo; el hijo se llamó también Gerardo. A uso de nuestra Mancha—y de otros parajes—, a este niño se le llamaba Gerardo el de Gerardo. El humanista adoptó un seudónimo: el de Desiderio Erasmo. Era Desiderio inteligente por modo sumo. Su salud adolecía de precaria. Delicadísimo en el cuerpo, vivísimo en la luz mental, Erasmo se plantea a sí mismo un emocionante problema. Posee caudalosa erudición. Conoce varias lenguas sabias. La pluma la maneja hábil y elegantemente. Su prosa es clara, límpida y precisa. Ante Desiderio se abre el panorama de la vida. Gracias a su inteligencia ha ido poco a poco elevándose en consideración social. Vivió siendo niño en un monasterio. Guarda de su antiguo encerramiento monástico el gusto vivo—como Ernesto Renán—por las cosas espirituales. Le tienta la acción, y su contextura física no le permite intervenir en las agitaciones humanas. Ha viajado por toda Europa. Conoce Francia, Italia, Inglaterra, Alemania, Suiza. En todas partes ha granjeado valiosas amistades. Le estiman reyes, cardenales, grandes señores. Dos o tres pontífices han sido amigos dilectos suyos. El problema de Erasmo consiste en tener un vivo amor a la libertad y en verse rodeado al propio tiempo por un ambiente de coacción social. A su libertad intelectual no puede renunciar Erasmo. La coacción que representa usos, prácticas y sentimientos tradicionales no puede por Erasmo ser destruida.



Erasmus

Por Alberto Durero (1520).

Y, sin embargo, es preciso pensar. Y pensar con libertad. Para llegar a este resultado, Erasmo se crea una patria ficticia. No reniega de sus compatriotas. A Holanda no la olvida en su cariño. Del pueblo holandés dice Erasmo que "no lo hay más humano, aunque esté rodeado por todas partes de razas incultas". Pero si Erasmo, inteligente, libre, hubiese permanecido en Holanda, viviendo en un reducido círculo de amigos, sintiéndose solidario con estos compatriotas, sujeto a sus modos peculiares de ser, el huma-

nista no hubiera podido desenvolverse con la bella libertad con que lo hizo. Había, por lo tanto, que romper con los vínculos de la patria originaria. Del pueblo en que naciera, desentendiéndose del ambiente tradicionalista, tenía Erasmo que elevarse a una región universal. En diversos países europeos estaban sus más valiosas amistades. En las más cultas naciones de Europa se le quería y admiraba. Erasmo, fino y sutil, se crea para su provecho, en bien de la inteligencia humana, inderogable en sus derechos, una patria

ideal. En esa patria vive. En esa patria puede escribir lo que escribe. Desde lo alto, ajeno a las pasiones de partidos y patria. Erasmo asiste como espectador a las luchas de su tiempo. Se busca su trato en todas las selectas reuniones. Su conversación es delicada e ingenua. Como todos los hombres "europeos", sabe Erasmo anécdotas, lances y sucesos atañedores a reyes y magnates. En alguno de sus "Diálogos" se complace en contarlos. Si Rousseau puso el origen de la sociedad en el contrato, Erasmo lo pone en la conversación. "Nada que tanto concilie, conserve y establezca la amistad entre los hombres como la conversación—escribe el humanista—. La conversación es la que ha congregado en las ciudades los hombres, antes dispersos como fieras, y la conversación ha unido ciudades a ciudades y naciones a naciones".

No interviene Erasmo en las luchas que desgarran el siglo. Ni se entrega a la Iglesia ni cede a los requerimientos de Lutero. En su coloquio entre un cartujo y un militar, Erasmo habla de la limitación que se impone el cartujo. "Me imagino—dice el monje— que el mundo está encerrado en estas cuatro paredes." Y después añade: "¿Por qué llamarías tú a esto soledad? La conversación de un solo amigo destierra la soledad. Tengo aquí algunos compañeros que están al corriente de todo". Esos amigos son los libros. El monje se impone la limitación en cuanto al espacio. Erasmo, viajero incansable, curioso de todos los pueblos, se la impone en cuanto a la acción. La acción le está vedada. La fragilidad de su salud haría que, al intervenir, se produjese de pronto en su organismo un doloroso desequilibrio. No podría seguir trabajando. De su posición de espectador, atento e inteligente, no le sacará nadie. Y luego, Erasmo, fino, sensitivo, experimenta horror invencible por todo lo extremado. La violencia es forma indefectible de la extremosidad. Suma de todas las violencias es la guerra. Suma de todos los desequilibrios mentales es la pedantería. Suma de todas las licencias—en su tiempo, en el tiempo de la Reforma y de la Contrarreforma—es el monacato. Las tres obsesiones de Erasmo son, pues, la guerra, los teólogos y los frailes. Todas estas obsesiones le llevan, como contrapartida, al culto del prístino espíritu. Desdeñando el perifollo de las exterioridades, Erasmo rinde culto a lo íntimo. En Palencia, en Burgos, en Toledo, en Va-

lladolid, se sigue anhelantemente al maestro. Y el maestro teme que los extremos españoles le comprometan.

En casa de su amigo Tomás Moro, en los alrededores de Londres, en días de grato reposo, Erasmo, por chanza, como jugando, escribe el "Elogio de la locura". Esas páginas, con los "Coloquios", es lo que ha quedado, en el cernido de los siglos, de toda su obra eruditísima. El "Elogio de la locura", como el "Quijote", semeja un libro de refracción. El espejo—esto es, el libro—es una cosa, y la imagen que el espacio refleja es otra. En el "Quijote", el autor se propone combatir una idea. La idea triunfa. En el "Elogio", Erasmo condena la locura, es decir, la ilusión. La ilusión vence. Las grandes obras fructifican en forma que el autor no sospechaba. Ligeramente, con festivo humor, Erasmo va describiendo diversas formas de ilusiones. Hasta mediado el libro, las consideraciones generales se esparcen delicada e ingeniosamente. Poco a poco la pluma se va enardeciendo. No se lo proponía el autor, y la inspiración le arrastra a su pesar. Comienzan los retratos. Desfilan príncipes, grandes señores, cardenales, el propio sumo pontífice. No acabamos de creer lo que estamos leyendo. ¿Será posible que todo esto—que hoy no se podría repetir en ciertos libros, en ciertos periódicos—se haya dicho en el siglo XVI y por un amigo de cardenales, reyes y pontífices? Los teólogos han aparecido ya. El teólogo es el hombre aparatario en su ciencia, artificiosamente sutil, pagado de su sabiduría, enfático, imperativo y farragoso. Para los teólogos verdaderamente finos e inteligentes tiene Erasmo una salvedad. Lo que más detesta Erasmo es la pedantería. El retrato del teólogo está hecho con trazos du-

ros y acerbos. Hemos pasado varias páginas. Han quedado atrás los teólogos. De pronto, cuando más descuidados estamos, los teólogos vuelven a aparecer. El autor continúa. Son otras ahora sus preocupaciones. Y cuando ya imaginábamos olvidados definitivamente a los teólogos, los teólogos se nos ponen otra vez delante. Diríase que todo el libro, libro de un hombre sobrio y delicado, ha sido escrito en detestación del saber craso. Al final, Erasmo se detiene dudoso. Había comenzado el libro de un modo—dulce modo—y acaba de otro. No podía el autor sospechar que su pluma fuera tan lejos. El mismo Erasmo reconoce que hace rato está "traspasando los límites que se había impuesto".

¿Acaso, con la pluma en la mano, junto a una ventana desde donde se atalaya un verde y suave paisaje, se ha olvidado Erasmo de la tolerancia? La tolerancia ha sido el tema de Erasmo durante toda su vida. La tolerancia, en siglo violentamente agitado truculento en sus pasiones, ha inspirado a Erasmo las más bellas páginas que haya producido el pensamiento de Europa. ¡Qué profundamente delicado y conmovedor el coloquio "La mujer que se planea del matrimonio"! Ese diálogo completa expresiva y bellamente el maravilloso tratado de Erasmo sobre el matrimonio cristiano. ¡Admirables mujeres algunas de las que Erasmo pinta en ese coloquio! Pensamos en la mujer de un amigo de Erasmo, Juan Luis Vives. Pensamos en Margarita de Valdaura y en alguna otra mujer de esa misma familia.

En tiempos de ruda intolerancia, intolerancia que alcanza a todos los partidos, bienhechora es, dulcemente bienhechora, la lectura de Erasmo.

cisamente a inesperados objetivos. Era un ciego, un romántico, un iluso que desconocía, el rol de las fuerzas que convergían en el plano de la emancipación de Cuba. No otra cosa se desprende del párrafo que acabamos de transcribir.

Este juicio de Marinello es ligero, impropio de escritores que se precien de conocer la Historia y que, por ende, se auto-elogien como concedores del ritmo materialista—contradictorio, evolucionando siempre por el motor de fuerzas antagónicas—que condiciona y estimula las actividades del líder o del héroe. Si hay algo que admirar en Martí, es el realismo excepcional con que interpreta el movimiento social cubano. Tanto en lo endógeno, como en lo exógeno. Ya desde los factores que muévense nacionalmente alrededor de la campaña revolucionaria, ya desde las fuerzas que en lo internacional se proyectaban sobre la realidad isleña. A Martí no puede enjuiciarse como lo hace Marinello, porque Horatio Rubens—u otras entidades—madurasen planes de interés personalista o ambición explotadora al calor de la independencia de Cuba. El Apóstol conocía muy bien "la ayuda de amigos poderosos que pueden tendernos pasos hacia la servidumbre". Y porque conocía bien este género de ayuda, señalaba, avizor, "al vecino avieso que por el Norte se cuaja" y nos mandaba a crear los diques de resistencia por medio de una realista distribución de la riqueza y un adentramiento en lo genuinamente cubano. Tildar a Martí de "abogado del imperialismo" debido a que su obra independentista haya servido de puerta abierta a la avasalladora penetración norteamericana, es anti-marxista y es ridículo. Todo marxista sabe que ninguna revolución se produce pura; sabe que toda nueva sociedad arrastra gérmenes de la antigua y crea otros nuevos que hay que ir liquidando, y sabe que a la hora de los alumbramientos sociales, la comadrona: "la revolución" no puede detenerse porque se vea auxiliada por elementos que han de serle adversos al fruto del parto: la nueva sociedad. El interesado auxilio del imperialismo, que acechaba a la joven nacionalidad para que la libertad económica de una Constitución democrática pusiera en sus manos nuestras fuentes de riqueza, lejos de servir para una deformación crítica de la obra martiana, sirve para su justa ponderación. Martí conocía al enemigo "por vivir en sus entrañas"; palpaba la contradicción con que nacería la nueva República. Y desgracia grande—no fracaso—fué que no viviera, como Lenin, para coadyuvar desde el Poder a su liquidación, a su neutralización, o a su aprovechamiento constructivo. "La política—había dicho—es el arte de combinar, para el bienestar creciente interior, los factores diversos u opuestos de un país y de salvar al país de la enemistad abierta o la amistad codiciosa de los demás pueblos".

Ridícula es también la interpretación que nos brinda de Martí un "convencido leninista". Si se le llama al Apóstol "abogado de los poderosos" ¿por qué no llamar a Lenin lacayo del imperialismo alemán o endilgarle cualquiera de esos calificativos que manufacturan a diario las industrias verborreicas de nuestros comunistas tropicales? Lenin fué más allá que Martí en el aprovechamiento de interesados auxilios. Importándosele poco lo que pudiera decir años más tarde algún crítico, recordamos que el gran táctico de la revolución rusa, cuando tuvo necesidad

La dificultad de ser cubano

A propósito de un artículo de Marinello y un libro de Luis Alberto Sánchez

Por ALBERTO ARREDONDO

= Envío del autor. La Habana, junio de 1936 =

Hace tiempo que Juan Marinello, en uno de esos momentos en que deja la poesía para abordar la prosa, compuso y publicó en "Masas" un artículo titulado "Martí y Lenin". En su retorta de crítico bien surtido, puso de todo: citas históricas, frases martianas, conceptos leninistas, imágenes poéticas, conceptos irónicos y ¡cómo habían de faltar! las consabidas y gratuitas agresiones a cuantos en esta isla no comulgamos con el rojo credo de la Rusia Soviética.

No estábamos tan holgados de tiempo en aquella oportunidad, como para seguir el ritmo fantaseador de las producciones de "Masas" y ripostar las ridículas calumnias que traía cada ejemplar para apristas, auténticos y jovencubistas. Pero ahora que Marinello saca a relucir el artículo, a propósito de un libro del genial escritor peruano Luis Alberto Sánchez, conviene que hagamos tiempo para refutar conceptos y aseveraciones que sólo explica la ligereza periodística, la mala interpretación histórica o la estridente disciplina enjuiciadora del extremismo.

Martí imperialista

Explicándose ante Luis Alberto Sánchez —a quien elogia como valor positivo de la

intelectualidad indoamericana, pero de quien nada habla como vertical luchador aprista—dice Marinello que él nunca expresó que Martí resultase un aliado del imperialismo yanqui. Es una retractación que no cabe. No hay que tener ninguna agudeza analítica para comprobar cuán explícito fué Marinello a este respecto. "Quiso ser Martí—dijo—abogado de los humildes y echar su suerte con los pobres de la tierra. Sus caminos le fueron traidores. Fué, sin saberlo y sin quererlo, abogado de los poderosos. Hasta en lo concreto de su obra, vemos al negociante yanqui encendiendo su fuego evangélico para ganar, por su obra, en la República futura, un buen mercado a sus productos, para caer sobre la presa isleña con la capacidad técnica y financiera de su pueblo invasor". Dejemos a un lado esta lamentable adjudicación al explotado pueblo norteamericano, de lo que realizan—en su nombre—las oligarquías dominantes, y vayamos a la específica conclusión de Marinello: Martí, para él, resultaba abogado de los poderosos, es decir, del imperialismo, que encendía su fuego evangélico con propósitos de rapiña, como en el caso del mercader Horatio Rubens. Los caminos que tomaba Martí, conducían a la traición de la causa cubana o llevaban pre-

de trasladarse a su país, lo hizo bajo los auspicios del imperialismo alemán. "Digan lo que quieran—exclamó—pero lo que importa es llegar a Rusia, aunque sea en el coche del mismo Guillermo II". Con setenta partidarios suyos y marginando la crítica intelectualista con su cortante máxima de que todos los caminos servían para llegar al fin (recordamos también los atracos, las falsificaciones de moneda, etc.) Lenin aceptó de los gobernantes alemanes el embarque hasta Rusia en "vagones precintados". Sus razones son las mismas que impulsaron a Martí. Las mismas igualmente que condicionan toda táctica realistamente revolucionaria. Si no fuera así ¿acaso Rusia hubiera celebrado un contrato con la Standard Oil Company el poderoso pulpo imperialista? ¿Acaso hubiera entrado en la Liga de las Naciones? ¿Acaso sostendría Embajada en Norteamérica? ¿Acaso financiara movimientos comunistas en el mundo?

Martí gran fracasado

Pero para Marinello, que habla de Martí en su rol de gran fracasado, cuyos caminos le fueron traidores, pasa desapercibido el grandioso triunfo de Martí, cuando combatiendo a todas las fuerzas que se cobijaban bajo las banderas de la "Carta Autonomía" impulsa el movimiento revolucionario por rutas insurreccionales; ignora el crítico los recelos que despertó en las clases dominantes norteamericanas "aquel pictórico delirante, aquel iluso que de manera obsecada clamaba por la independencia de Cuba"; desconoce Marinello cómo al fundador del Partido Revolucionario Cubano se le fustigaba dura y exageradamente por los representantes de las fuerzas retardatarias del país que veían a Martí, no en su rol de "gran fracasado", sino en su combativo rol de gran triunfador. Y es que nuestro crítico, que clama por dar "las espaldas a la doctrina de Martí", no conoce el ideario político de un revolucionario que sabía,—entiéndase bien,—que sabía cómo defender a la nacionalidad cubana de sus enemigos exteriores e interiores. Ya lo expusimos en reciente trabajo. "Todo para Martí necesitaba renovarse. Desde las Universidades "que mataban a los hombres al no acomodarlos a la tierra en que habían de vivir", hasta nuestras formas

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome "Selecta"

No hay nada más agradable ni más delicioso.

Es un producto "Traube"

de producción que "al dedicarse al monocultivismo azucarero, nos llevaban a la esclavitud". Desde el régimen político, hasta el régimen económico, para que "unos cuantos hombres excepcionales no se levantaran sobre turbas cada día más infelices". Desde la conciencia ciudadana para que se "guardase de la amistad de amigos interesados que podrían tender puentes hacia la servidumbre", hasta la conciencia latinoamericana "para luchar contra males comunes, evitando las ridículas discordias de pueblos que son hermanos por la lengua, la geografía y la economía". Y estas ideas "no están vencidas" definitivamente. Sufrieron un colapsus. Ahora se vitalizan, toman dialécticamente nuevos bríos y abren brecha por los campos de Cuba con la táctica y la experiencia que nos brindan treinta y cuarenta años de república.

Martí comunista

Confundiendo lamentablemente Marinello lo que hay de inactualidad en la doctrina martiana, con lo que ella, indiscutiblemente, tiene de vigencia, se lanza el crítico a enfrentarla con la de Lenin, tratando de demostrar cómo es la teoría y la táctica del revolucionario eslavo la que debe cuajar en la realidad cubana. Pero no lo dice claro. Teme a las concreciones. No habla de "sovietismo", de "dictadura del proletariado", del "rol hegemónico del Partido Comunista". No; lo hace tenue, leve, delicadamente, diciendo que "Martí estaría junto a los que siguen a Lenin, realizador de Marx. Con aquel

ánimo ecléctico del intelectual veleidoso que tan severamente criticara el fundador del socialismo científico, Marinello se coloca en la posición intermedia de los fantaseadores de las Ligas Antiimperialistas que, por comprensión exótica de nuestros problemas, llevan el apellido "panamericanas", aunque sus miembros ingenuamente escondan la paternidad, como ruborosos hijos que temen hacer gala del apellido de un padre delincuente. Y ya que todavía Dimitroff no había decretado el "viraje comunista", como todavía el Vaticano de la III Internacoinal no había dado sus instrucciones a los rojos militantes criollos para preparar los futuros golpes oportunistas, Marinello ataca duramente a "los jóvenes reaccionarios de Cuba: abecedarios, afirmistas, nacionalistas, apristas, menocaleros, auténticos, guiteristas, etc., ubicados en la burguesía". Como todavía en Francia los comunistas no habían adoptado el himno burgués "La Marsellesa", en México no habían apoyado al "Cárdenas, pequeño burgués y reaccionario", como todavía, en fin, no se había desarrollado en el mundo la táctica moscovita de "tener influencia" para apoyar a Rusia en caso de guerra mundial. Marinello ataca "al nacionalismo retrasado, formal y palabrero" que él mismo, obedeciendo el informe dimitroffiano de Blas Roca en el acápite sobre "rescate de los patriotas", encendería con una conferencia sobre Maceo.

Pero no importa que esta "ubicación comunista de Martí" responda a bastardo y malogrado interés partidarista; no importa que al día siguiente, ya en el viraje, fueran los comunistas a un ardoroso contubernio con entidades hasta ayer tenidas por reaccionarias. No nos debe interesar que quien luego nos llamaría fraternalmente "al frente único" ahora, convirtiendo la infamia y la calumnia en instrumento político, manifieste que "los líderes de la Joven Cuba, del Partido Aprista y del Autenticato, tienen la evidencia de que una acción verdaderamente revolucionaria de las masas, tendría como consecuencia primera, barrer una realidad colonial que les permite la situación que ahora gozan de parásitos bien retribuidos del poder económico de los Estados Unidos". Tampoco importa que un respetable ensayista como Marinello diga que Martí no era, en lo político, un creador de formas nuevas, porque su capacidad innovadora, genial, cae en el terreno artístico, precisamente cuando su genialidad no está ni en el verso ni en la prosa—de originalidad inconfundible sino en la comprensión realista—y realistamente excepcional—del problema cubano y en la consagración plena — polifacética, heroica, casi

JOHN M. KEITH & Co., S. A.

SAN JOSE, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

- Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
- Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
- Muebles de acero y equipo para oficinas (Globe Wernicke Co.)
- Implementos de goma (United States Rubber Co.)
- Máquinas de contabilidad MONROE
- Refrigeradoras Eléctricas GRUNOW
- Plantas eléctricas portátiles ONAN
- Frasquería en general (Owens Illinois Glass Company).
- Conservas DEL MONTE (California Packing Corporation).
- Equipos KARDEX (Remington Rand International).
- Maquinaria en General (James M. Montley, New York), Etc., Etc.

JOHN M. KEITH,
SOCIO GERENTE.

RAMON RAMIREZ, A.
SOCIO GERENTE.

sobrehumana—a la resolución de ese problema. No importa, porque la irresponsabilidad del comunismo tropical es bien conocida. Lo que nos debe interesar, exclusivamente, es lo que hay de cubanidad en este problema de Martí frente a Lenin.

La dificultad de ser cubano

Sin género de duda, se respira en nuestro ambiente la dificultad de ser cubano; es decir, la dificultad de que nuestros críticos se sientan cubanos y se afinquen en "lo nuestro" para analizar los problemas de Cuba y apuntar sus soluciones. Y esta dificultad de ser cubano—de que es ejemplo Marinello—arranca de muy hondo. Lo hemos dicho en otra ocasión. Cuba todo lo ha traído de afuera. Política, económica y socialmente siempre constituimos pasta preparada para moldes extranjerizantes. Cuando nos dan una Constitución, es una Constitución calcada de la de Estados Unidos y encajada en cerebros que habían aprendido el derecho político en francés. El exotismo de nuestros "hombres directores", les llevó a subordinar siempre esta realidad que Martí llama "ingenua", a la realidad de paisajes europeos. El fenómeno imperialista, que nos trae el progreso, la civilización y todos los males del capitalismo, con muy pocas de sus efectivas ventajas, tampoco hace surgir, pese al choque, una teoría realista, auténticamente nuestra, para la solución de los problemas autóctonos. Si en la Colonia, la emancipación se surte del recetario europeo—rechazado en gran parte por Martí, y en otras partes aprovechado—en la República la lucha renovadora no cambia de fuente. Primero fueron el liberalismo y el conservadorismo, clásicas escuelas de política extranjera. Luego anarquismo, anarco-sindicalismo, socialismo, comunismo. Después fascismo. Todo nos viene de allá. Parece que las mentes cubanas sólo fuesen aptas para la copia o para el plagio. Quien analice nuestra historia se dará cuenta del hecho. Y hasta se sorprenderá. Difícil es explicar cómo nos pudimos librar del "colonialismo feudal" y como nos pretendemos librar del "colonialismo imperialista" sin sabernos desprender del "colonialismo ideológico". Institucional e individualmente ha imperado entre nosotros Europa.

Frente a lo que hay de base para rectificaciones, y de táctica inactual en la prédica martiana, no se yergue una genuina interpretación nuestra del problema cubano, que, por fuerza, tendría que actualizar esa prédica, vitalizándola y completándola. Hombres que se precian de cubanos, en vez de precipitar la insurgencia realista de lo autóctono, en lugar de cooperar al "descubrimiento de Cuba por los propios cubanos" nos salen con las mismas fórmulas de importación: Martí contra Lenin; Soviet contra Consejo, etc. ¡El extranjerismo soviético tratándose de encajar artificialmente en una realidad que lo desconoce como factor histórico, como fuerza de propulsión nacional! O a la inversa: ¡El extranjerismo fascista intentándose plasmar en una realidad donde no existen los factores que vitalizaron a los "fasci di combattimento" de Mussolini!

Marinello no se libra de este colonialismo ideológico. Por el contrario, tiene especial placer en hacer gala del mismo. Escoge el fácil y cómodo camino de seguir hurtándole a Europa consignas y fórmulas de acción política; cumple disciplinadamente las instrucciones del Komintern Internacional; teme sa-

lirse de ese núcleo que es tan extremo en sus amores como en sus odios y que si expulsó a un Mella e intenta destruir a un Diego de Rivera ¿qué no haría con Marinello? Por eso vemos al poeta en la tarea nada envidiable de colocar consignas en la política cubana, como se pegan etiquetas engomadas en cualquier frontón. Y por eso también le vemos desnaturalizando a Martí. Víctima de esas "fuerzas de colonización ideológica", para el crítico cubano, Martí es sólo una figura de escaparate, una imagen de librería, un ente a quien hay que admirar como hombre en su rol de gran fracasado, dándole las espaldas a su doctrina. Sin guardar las distancias, cree ingenuamente que lo que dijo Lenin y lo que hizo Lenin es bálsamo milagroso que cura todos los cuerpos sociales. Claro que no nos dice si es el Lenin de Stalin o el de Trotsky; si es el Lenin del "comunismo de guerra" o el Lenin de la n. e. p.; si es el Lenin de la "Iskra" o el Lenin del "Capitalismo de Estado y el impuesto en especies"; si es el Lenin intransigente y negador de todo compromiso, o el Lenin transigente, propugnador de alianzas y compromisos; si es el Lenin dogmático, congelado, yerto que enarbolan como un santo las sectas comunistas del mundo entero, o el Lenin dialéctico, dinámico, orquestado siempre con las contradicciones sociales, que supo rectificar a Marx elaborando para Rusia una táctica especial y realista que le dió el triunfo. Marinello, que nos tiene acostumbrados a estos olvidos, no lo dice. Como tampoco nos dijo nada de aquel Martí que puso cortapisas al "futuro extranjerismo" de los Marinellos leninistas, exclamando "que nos guardáramos de ajustar a dogmas inciertos, de mera relación a su lugar de origen, la ingenua realidad de nuestros pueblos". Y no se crea que es una frase dicha a la ligera por el Apóstol, porque defecto suyo—consideró Martí—"el de no poder concebir nada en retazos y querer cargar de esencias los pequeños moldes". De habernos hablado de este Martí realista que exclamaba: "Ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma"; de este pensador que interpretaba "el creciente hervor que busca plasmar en formas nuevas y propias un fermento largo tiempo en maceración" y que trataba de "salvar—como nos dice Félix Lizaso—lo antiguo glorioso junto con el nuevo increado, teniendo el molde listo para el advenimiento del nuevo hombre americano... levantando el culto de lo propio"; de este cubanísimo luchador que trataba de incorporar todas las fuerzas de la nación para canalizarlas hacia prácticos objetivos de jus-

Lo cuenta Montalvo en el tomo primero de sus *Páginas Desconocidas*:

El señor Lamartine, hablando un día acerca de un paralelo que se había hecho entre él y su ilustre predecesor (*Chateaubriand*), cedió con humildad en punto a la inteligencia y la sabiduría; pero se exaltó al contemplar en la diferencia de caracteres. «Chateaubriand ha sido una carga muy pesada para los gobiernos—dijo,—ha consumido sumas ingentes del tesoro nacional. Sus virtudes no son las de Fabricio: admiro, su talento, su carácter no me subyuga.» ¿Qué había de responder el oscuro viajero que esto oía?

También lo dice Montalvo en la misma página del mismo libro:

El señor Carlos Aguirre es mi contrario en política, y por tanto mi enemigo, según la loable costumbre de estos benditos pueblos. Pero es hombre de bien y caballero; no ocultará la verdad, pregúntele, allí le tienen.

ticia. De habernos hablado Marinello de este Martí "nuestro", habría convenido, espontáneamente, que Martí nunca hubiera abrazado el comunismo.

Hombre realista apesar de su fiebre romántica y sus concepciones idealistas el Apóstol hubiera constatado que en nuestro país no cabe la Dictadura del Proletariado, por la incipiente de esta fuerza que necesita ser mayoritaria y tener conciencia de clase para que proclame, marxístamente, su rol de clase hegemónica. Hubiera visto Martí, en la realidad político-económica de Cuba, dos grandes campos de lucha antagónica: uno, compunto por el imperialismo norteamericano y las fuerzas reaccionarias que nacionalmente le favorecen. Y otro, integrado por tres clases mayoritarias—obrero, media y campesina—víctimas de la explotación imperialista en los grados de su situación frente a la economía isleña. Convenciendo siempre de que en la unión está la fuerza, el Martí que en Hardman Hall exclamaba: "Juntos todos, los que preparan y los que rematan, los trabajadores del libro y los trabajadores del tabaco, juntos pues, de una vez, para hoy y para el porvenir todos los trabajadores", ese Martí hubiera proclamado actualmente la necesidad del frente único de trabajadores manuales e intelectuales. El Martí que decía: "De América soy hijo, a ella me debo, y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro"... porque "todo nuestro anhelo está en poner alma a alma y mano a mano, a los pueblos de nuestra América", hoy propugnaría como táctica de lucha contra el poderoso vecino del Norte ya cuajado, que habría de vaciar en "la isla pobre y venal los torrentes de su riqueza egoísta y corruptora"... para "convertirnos en lo que Inglaterra ha convertido al Indostán", la táctica de unión política de América Latina.

Legados de Martí y Bolívar

¿Habremos dicho que Martí sería aprista? Cierto. Dos básicas consignas apristas despréndense de la obra martiana: **El frente único de trabajadores manuales e intelectuales y la unión política de América Latina**. De ahí que los apristas cubanos le rindan, como precursor, los honores que se merece y lo traten de reivindicar frente a las desfiguraciones del extremismo comunista.

Creemos que Martí ha dejado a las juventudes cubanas, con su maravilloso ejemplo de luchador y sus brillantes doctrinas de Maestro, una misión emancipadora: la de "cumplir, sin comprometerlo con coqueterías de salto atrás, ni con deslumbramientos pueriles, el legado de Bolívar de juntar en un haz las hijas todas de nuestra América".

Y lo que él dijo del Libertador, debemos decirlo nosotros respecto del Apóstol:

"Así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo... Porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy. Porque Bolívar tiene que hacer en América todavía".

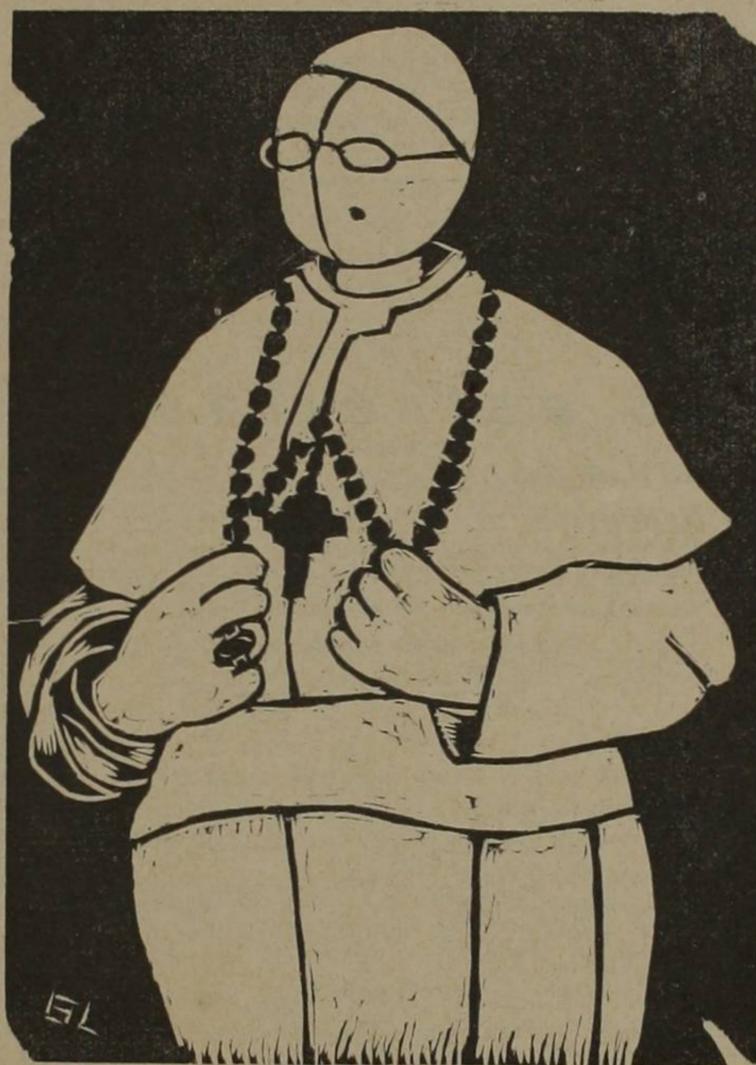
Así está Martí en el panorama cubano: vigilante y ceñudo, sin que le arredren—a él que no pudo iniciar desde el Poder la obra que serviría para juicios definitivos—las acusaciones de "gran fracasado". Lo que él no pudo dejar hecho, sin hacer está actualmente. ¡Martí tiene que hacer en Cuba todavía! ¡Martí tiene beligerancia en nuestro país! ¡La beligerancia que no comprenden los que tienen dificultad de ser cubanos!

Dicen que a España llevó el término cavernícola el escritor Grandmontagne que acaba de morir. Definió con él a toda una especie con ejemplares dentro y fuera de España. Los del interior están hoy amotinados tratando de acabar con la República. Los del exterior corean la insensata pillería. Nos toca oír a estos últimos. Hace un rato—cosas de la radiodifusión—gritaba un cavernícola, situado en suelo panameño, en medio de anuncios de cierta marca de ron, sus noticias condenatorias del régimen republicano español. Según ese cavernícola son enteramente falsos los triunfos de la causa democrática. La reacción es la victoriosa en las diferentes batallas y el propio Azaña acobardado ha suplicado a uno de los traidores militares la formación de gabinete. La República está casi desbancada, de acuerdo con el informador que usa la onda sonora para abogar en países de América por los cavernícolas españoles.

Fascistas y cavernícolas en España, y acá...

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración.—Costa Rica y Julio del 36 =



Escribió Teresa de Jesús: «Poníame el demonio que no podría sufrir los trabajos de la religión por ser tan regalada»

. Madera de Laporte

Afortunadamente España está batiendo con gloria y con honor a esa especie clasificada con acierto bajo el término cavernícola. ¿Qué sería de España si las cosas no estuvieran pasando así! La mente del cavernícola es primitiva. La representa la casta militar. Allí son militares los traidores. Han creído tener fuerza para retrogradar a España haciéndola acatar de nuevo el régimen monárquico. Cuando el escritor soviético Ila Eremburg dió su juicio acerca de España constituida en República de Trabajadores, observó lo siguiente: "En las fachadas de los palacios cuelgan unos trapos de colores tapando las coronas de la monarquía. En los sellos de correos la efigie del rey aparece cruzada por la inscripción: "República". En el rótulo del hotel Reina Victoria han borrado la palabra reina. Victoria se ha convertido en una heroína de Knut Hamsun o en el nombre de una orquídea. En otro hotel, el Alfonso XIII, han quitado los números. Ha quedado "Alfonso" a secas. La República tapó las coronas con trapos, cambió los nombres de unas cuantas calles, mudó la decoración, pero los actores siguen siendo los mismos: ni siquiera han tenido que aprenderse nuevos papeles".

Dé mentiras se estaban haciendo las cosas en España y así pudo el cavernícola mostrarse y sentir los apetitos del mando. La República alcahueteó a millares de pícaros. Cometieron el inmenso yerro de darse como presidente a un anciano sin el sentido nuevo de la lucha. La senectud de ese hombre preparó el motín actual. Los militares traidores fueron entrando en el ejército por la improvisación del gobernante que di-

solvió las cortes cuando empezaban a trabajar en firme por la redención de España. Pudo así la reacción cavernícola mover en su servicio el aparato electoral y triunfó cogiendo el mando.

Desde entonces andan insolentes los cavernícolas de España. Cometieron tanta tropelía que las poblaciones despertaron y en el mayor empuje que puede dar un pueblo humillado por todos los oprobios, echaron del mando a la reacción cavernícola. Azaña es el que marca esta nueva aurora republicana. Es ejemplar el pueblo español aunado en las elecciones pasadas bajo la aspiración de acabar con la ancianidad de la Presidencia que había creado la casta gobernante. Clases y partidos acordaron trabajar por el bien común de España y lo consiguieron. Uno de los memorables acuerdos de las cortes actuales fué el que echó de la Presidencia al vejete que había sido traidor a su juramento republicano. El acierto repercutió y los cavernícolas organizaron el motín. En ese motín está hoy España.

Hemos dicho motín porque lo de España no es revolución. Es muy grande el término para ser

usado por los militares que juzgaron a España todavía sumida en el letargo de siglos de monarquía. La revolución supone ideales y aspiraciones. Y la chatura militar de España no mira sino a la vuelta a la caverna. La revolución supone el respaldo de un pueblo orientado. Y los militares de España están solos. En ninguna parte han logrado formar milicias sacadas de las clases populares. Los trabajadores de toda índole luchan contra los militares del motín. Es fácil organizar el motín, porque para ello basta con contar con los dineros de los richachones descontentos y de las organizaciones capitalistas voraces que ven peligro en que una nación lleve a su gobierno a gente de honor y de visión. Basta—en esta época de supersticiones—con buscar el sostén exterior de los que por ignorancia o comodidad presentan al comunismo, por ejemplo, como el sistema destructor de todo lo creado. El motín de los militares de España ha podido nacer cuando España está dando muestras de su mayor pujanza para organizar su capacidad social y económica, porque ese motín contaba con explotar

afuera el horror hacia el comunismo. El cavernícola que hace un rato gritaba por el micrófono su odio contra el Gobierno español, afirmaba que los comunistas en poder de los órganos de información daban al exterior sólo noticias que favorecieran la causa del Gobierno. Pero que había que descartarlas porque los comunistas mentían. Y ese cavernícola no procede así cada vez que vocea lo que vocea por propia determinación. Es instrumento de la reacción que ha preparado el motín de España. Mentira que en España sea una clase la que predomina en la lucha contra la barbarie cavernícola. No hay hoy clases ni partidos en España en lucha aislada. Lo que salvará a España del triunfo del motín de militares traidores es precisamente ese claro sentido del peligro del pueblo español. En las elecciones pasadas lo tuvo y no se le ha empañado. No hay obreros ni hay campesinos aliados del motín. No hay tampoco dirigentes en pugna unos con otros. La lección es grande.

Las palabras de Eremburg fueron un acierto. La República había efectivamente tapado la monarquía con trapos. Allí estaba bien tapada. Ahora trapos y coronas se irán de verdad. Era necesario que España se resolviera a dar esta sacudida. Los que la seguimos desde países de América tenemos que topar con la especie cavernícola más curiosa. Todos sus ejemplares son revolucionarios, esto es, del motín de militares. Son del motín porque el motín va contra Azaña, que representa la España nueva. Ellos quieren lo ido con sus infamias y desvergüenzas. La monarquía los halaga. Pero como no quieren aparecer hoy amigos de un rey cretino, dicen que están por un fascismo ordenador. Y son fascistas los cavernícolas de por acá. Esperan que el motín imponga la traición y entonces nacerá el segundo Primo de Rivera. Porque no van más allá de este dictadorzuelo los cavernícolas que celebran el motín de España. Sufren chatura de la peor clase. En círculos de salones y de esquinas vaticina cada cual lo que será España cuando el motín—no olvidar que ellos dicen revolución—triunfe. No desmienten las limitaciones del círculo. Sólo limitados pueden actuar los cavernícolas. Y lo hacen admirablemente. Por fortuna para España su suerte no depende ni ha dependido jamás de los vaticinios de la especie cavernícola interior y exterior. Lo que se forja hoy en España está forjado por almas comprensivas del sentido de los tiempos nuevos. Es una vergüenza encontrar estos países repletos de tanta mente liliputiese. Incapaces para salir de su mundo de a gema, lo prolongan

hasta problemas hondos y se imaginan haberlos resuelto caminando sobre la superficie. No tienen estatura para penetrar. Allí se quedan en el círculo del salón y en el círculo de las esquinas pidiendo el triunfo del motín. Mientras tanto España avanza. No retrocede. No puede retroceder España. La conciencia popular ha despertado ante el peligro. El peligro de España es el motín. Lo forman los cavernícolas. Ya los está venciendo España. Pronto no quedarán. Pero como son costra fuerte la tarea grande después de haberlos vencido será para España

na redimirse para siempre de ellos. También dijo Eremburg que España había mudado la decoración, pero que los mismos actores, sin el esfuerzo de tener que aprenderse nuevos papeles, seguían en

OCTAVIO JIMENEZ A.

ABOGADO Y NOTARIO

OFICINA:

50 varas al Oeste de la Tesorería
de la Junta de Caridad.

TELEFONO 4184 APARTADO 338

el escenario. De allí los está echando la España nueva. Son los amotinados que han sentido que se les pospone indefinidamente. Dentro de pocos días el motín habrá sido aplastado. ¿Qué dirán los carvenícolas de por acá?

España nace y ojalá podamos también nosotros, que asistimos a ese nacimiento, recibir la influencia transformadora. Necesitamos luz y es de luz la aurora de España. Nos descubrió una vez y nos hizo sensibles a su influjo. Ojalá nos venga con ímpetus que nos vuelvan fuertes y vigilantes.

13 bandas y 48 estrellas

Poema del Mar Caribe

Por RAFAEL ALBERTI

= Cortesía del autor. En un cuaderno de 44 págs. Madrid, 1936. Precio del ejemplar: 3 pesetas =

A Juan Marinello y a todos los escritores anti-imperialistas de América.

¿Tantos millones de hombres
hablaremos inglés?

RUBÉN DARÍO

New-York

Wall Street en la niebla.
Desde el "Bremen"

Alguien se despertaba pensando que la niebla ponía un especial cuidado en ocultar el crimen.

De allí,
de allí salía:
un enloquecedor vaho de petróleo,
de alejados y vastos yacimientos convertidos en cifras,
hacinados por orden, en los cofres secretos,
en las lentas, profundas, inmovibles cajas,
más profundas que pozos aún inexplorados,
puestos allí estos cofres,
puestas allí estas cajas por anónimos,
invisibles, oscuros, explotados,
desamparados hombres macilentos.

Yo era el que despertaba comprendiendo,
sabiendo lo que era aquel amanecer de rascacielos
iguales que verticales expresos de la niebla,
era yo quien oía, quien veía, despertándose.

De allí,
de allí salían:
un crujido de huesos sin reposo, húmedos calcinados,
entre la extracción triste de metales,
una seca protesta de cañas dulces derrumbándose,
de café y de tabaco deshaciéndose,
y todo envuelto siempre en un tremendo vaho de petróleo,
en un abrasador contagio de petróleo,
en una inabarcable marea de petróleo.

Era yo quien entraba, ya despierto, asomado a la niebla,
viendo cómo aquel crimen disfrazado de piedras con ventanas
se agrandaba, ensanchándose
perdiéndose la idea de su altura,
viéndole intervenir hasta en las nubes.
Era yo quien veía, quien oía, ya despierto.

De allí,
De allí salía mojada de aire sucio y brumas carboneras:

la voz de la propuesta de robos calculados,
velada por ruidos de motores zarpando hacia las islas,
levantándose armados hacia el cielo de otros.
Salía esta voz fruncida a los insultos de hombres mercenarios con fusiles,
impidiendo lo largo de los muelles,
las planicies minadas de palmeras,
los bosques de brazos y cabellos cortados a machete.

Lastimándome, oyéndose,
cayendo a mares desde los rascacielos diluidos,
salían Nicaragua,
Santo Domingo,
Haití,
revueltos en la sangre intervenida de sus costas,
secundando el clamor de las islas Vírgenes compradas,

el estertor de Cuba,
la cólera de México,
Panamá,
Costa Rica,
Colombia,
Puerto Rico,
Bolivia,
Venezuela...

Y todo envuelto siempre en un tremendo vaho de petróleo,
en un abrasador contagio de petróleo,
en una inabarcable marea de petróleo.

Y era yo entre la niebla quien oía, quien veía mucho más y todo esto.

Nueva York, Wall Street, banca de sangre,
áureo pulmón comido de gangrena,
araña de tentáculos que hilan
friamente la muerte de otros pueblos.

De tus cajas, remontan disfrazados
embajadores de la paz y el robo:
Daniels, Caffery, etc., revólveres
confidentes y a sueldo de tus gansters.

La Libertad, ¡tu Libertad!, a oscuras su lumbre antigua, su primer prestigio, prostituida, mercenaria, inútil, baja a vender su sombra por los puertos.

Tu diplomacia del horror quisiera la intervención armada hasta en los astros; zonas de sangre, donde sólo ahora ruedan minas celestes, lluvias vírgenes.

Mas aun por América arde el pulso de agónicas naciones que me gritan con mi mismo lenguaje entre la niebla, tramando tu mortal sacudimiento.

Así un día tus 13 horizontales y tus 46 estrellas blancas verán desvanecerse en una justa, libertadora llama de petróleo.

Guajiras burlescas de los banqueros alegres y desesperados de Wall Street

1

Mi sangre es un yacimiento de emisiones petroleras, que por mis manos ligeras circulan sin miramiento. Yo soy el tanto por ciento de un crédito hipotecario, la lumbre del sol bancario resumido en mi corbata, que es una mina de plata al cuello de un millonario.

2

Por rayos de mi cabeza yo muevo un cañaveral, un loro verde, un turpial, úlceros de mi tristeza. Como signo de grandeza sin sombra de sacarina, mi real escudo ilumina, bajo lombrices y flores, la herencia de mis mayores: "Tengo azúcar en la orina".

3

Guerra en el Extremo Oriente, y de los ferrocarriles, miles y miles y miles de millones de excedente. Perdido en tierra caliente, pienso, pues, que estallará la estrella que anunciará

que el mundo se desmorona,
comprar yo solo la Zona
del Istmo de Panamá.

4

El desarrollo bancario
de Venus, Saturno y Marte
me impone ser arte y parte
del Trust Interplanetario.
Como anuncio extraordinario
e inicial, yo colgaría,
lustrando la astroncmía
que va del cielo al infierno,
un Jehová, sempiterno
rey de la banca judía.

5

Reembolsos de mis empresas,
intereses devengados,
consorcios acumulados,
todo pavesas, pavesas.
Excedente, ¡cuánto pesas
en el chaquet del banquero!
(chaquet que por un sendero
camina de rama en rama,
pidiendo al fin a la grama
servir de sepulturero).

6

Materia primas me canta
mi cartera de caimán,
Los empréstitos se van
dragándome la garganta.
Si el comunismo me espanta
como un insondable abismo,
que se lleve el comunismo
todo cuanto ahora poseo.
Y en un yate de recreo
naufraque el imperialismo.

(¡Barco a la vista!

(Estrecho de Florida)

De pronto, por el mar sube, baja un sonido,
un débil silabeo de garganta cortada,
un son, un eco turbio de cuerpo dividido,
de párpados, de lenguas, de pulsos y de nada.

No sé quién me persigue poniéndome estos
muros,
este tribunal falso y esta luz de condena,
quién hace que las olas abran cuartos oscuros
con hombres que en su fondo los hundé una
cadena.

Signos de nuevos crímenes se escuchan en
el viento

y la sangre parece que intenta ser bahía
y que la mar estudia rodar con otro acento
y cosechar la tierra más muertos todavía.

Era triste ir bajando sólo oyendo hendiduras,
relámpagos de hachas y un abrir y cerrar.
La vida era la muerte, y el resto, cerraduras.
Y vi una cruz gamada ensangrentando el
mar).

(Seguirá)

Notas

(Quizás muchas de estas notas no sean necesarias, por sabidas. Pero las dejo, pensando antes que nada en que puedan servir de orientación a los obreros que lean este poema).

13 bandas y 48 estrellas.—13 bandas, rojas y blancas, alternadas, y 48 estrellas, blancas también, sobre un ángulo azul, forman el

pabellón nacional de los Estados Unidos de América. Pabellón que fué de la democracia y que poco a poco se ha ido convirtiendo en el símbolo del imperialismo.

(Poema del mar Caribe).—“La importancia de la región del mar Caribe para los Estados Unidos consiste en su proximidad, en sus ventajas comerciales como fuente de materias primas, como mercado para efectos manufacturados, y, sobre todo, como posición estratégica militar subsidiaria del Canal de Panamá. La necesidad de expansión por parte de los Estados Unidos y la necesidad de que la rápida acumulación del capital yanqui encuentre la más cercana y fácil salida, originó una diplomacia que, en una u otra forma, ha colocado a varios países del mar Caribe bajo el dominio directo de los Estados Unidos. Como ha dicho un historiador, “Cuba es tan independiente como Long Island. La isla de Santo Domingo, con sus dos Repúblicas de negros, no es más independiente que el Estado de Nueva York. Nicaragua y Panamá son sólo Repúblicas de nombre y soberanías nominales...” (La diplomacia del dólar, de Scott Nearing y Joseph Freeman).

“Poema antiimperialista del mar Caribe” debía subtitularse, para mayor exactitud, este poema.

A Juan Marinello...—Quiero resumir en este limpio nombre de escritor cubano todo el heroísmo de los escritores y demás antiimperialistas de América Latina, incluyendo también, claro está, a los de Norteamérica.

¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés? — Antiimperialista inocente, Rubén Darío grita, de pronto, con una angustiosa alarma, esta pregunta en su poema Los Cisnes de “Cantos de vida y esperanza”.

New York. Wall Street en la niebla. Desde el “Bremen”.—El día 2 de marzo de 1935 embarqué con mi mujer en Cherburgo (Francia) para ir primeramente a los Estados Unidos y luego continuar por los demás países de América Latina. El gran trasatlántico alemán Bremen debía hacer su recorrido en cuatro días; pero un temporal de viento y nieve le hizo arribar a Nueva York con treinta y cinco horas de retraso. Wall Street, el temible barrio de la Banca neoyorquina, subía, al amanecer, de la niebla estancada en los muelles, fundida y confundida entre las farolas de los barcos.

“Santo Domingo fué el primer país del mar Caribe que sufrió la intervención militar americana y el establecimiento de un protectorado. Cuando el Presidente Grant propuso la anexión de la República, declaró: “La adquisición de Santo Domingo es de desear debido a su posición geográfica. Domina la entrada del mar Caribe y el tráfico comercial del Istmo. Posee el suelo más rico, las bahías más espaciales, el clima más saludable, los productos más valiosos de los bosques, minas y tierras de todas las Indias Occidentales. En unos cuantos años su posición significará para nosotros un comercio de cabotaje de inmensa magnitud... En caso de guerra extranjera, nos dará un dominio sobre todas las islas mencionadas, y así se impedirá que un enemigo se establezca nunca en nuestra propia costa”. (La diplomacia del dólar. Autores citados).

“Haití, cuando logró independizarse de Francia en 1804, se convirtió en un Estado soberano, con un gobierno de forma republicana, hasta 1914, en que los Estados Unidos le obligaron a firmar un tratado aun más exigente que el impuesto a Santo Domingo.

Asegurado para el National City Bank de Nueva York el control económico sobre Haití, las autoridades militares se afirmaron en el control político. Bajo la vigilancia de los marinos yanquis, Haití adoptó una nueva Constitución el 18 de junio de 1918, por la cual “todos los actos del gobierno de los Estados Unidos durante la ocupación militar de Haití son ratificados y confirmados”. Más de tres mil haitianos, “prácticamente desarmados”, fueron muertos por los marinos yanquis, según un testigo presencial. De día y de noche, del seno de sus familias, de sus pequeños ranchos o caminando pacíficamente por las carreteras, los haitianos eran capturados y conducidos por la fuerza a trabajar por meses a lejanos sitios del país. A los que protestaban o hacían resistencia, se les golpeaba hasta someterlos... A los que intentaban escaparse, se les fusilaba”. (La diplomacia del dólar. Autores citados). Ni qué decir tiene que la libre República de Haití sigue siendo en la actualidad una desgraciada colonia yanqui del mar Caribe.

“La terminación del Canal de Panamá y el creciente poder de los Estados Unidos en el mar Caribe, hacían de la posición de las islas Vírgenes un punto fundamental de la política del Departamento de Estado... En 1917, después de un plebiscito celebrado en Dinamarca y otro en las Vírgenes, éstas pasaron a ser propiedad de los Estados Unidos, mediante el pago de 25 millones de dólares al gobierno danés. Los naturales de las islas Vírgenes son súbditos yanquis. Los pasaportes que se expiden describen a estos ciudadanos como “habitantes de las islas Vírgenes, con derecho a la protección de los Estados Unidos”. Según esta decisión, cada uno de los diez mil isleños que ahora residen en Nueva York es literalmente un “hombre sin patria”. No es ciudadano americano; y puesto que tampoco es extranjero, no puede adquirir ciudadanía por naturalización. (La diplomacia del dólar. Autores citados).

“La isla de Puerto Rico fué ocupada por el ejército yanqui el 25 de junio de 1898 y cedida a los Estados Unidos según el tratado de 11 de abril de 1899. Después de una larga controversia, se concedió la ciudadanía yanqui a los portorriqueños por ley de 2 de marzo de 1917. La isla fué un botín de guerra”. (La diplomacia del dólar. Autores citados). En la actualidad, tanto los trabajadores blancos como los negros viven en la mayor miseria y desesperación. Pero el Partido Nacionalista, unido a los partidos obreros, cada vez va encauzando con más éxito y fuerza el movimiento por la liberación de la isla del imperialismo yanqui.

Daniels: embajador de los Estados Unidos en México, Caffery: en Cuba.

Se habló primero de la diplomacia del dólar: medio de penetración económica, sin violencia; luego de la diplomacia del rifle: medio de penetración a tiros. Pero una y otra, al fin, son inseparables. Ambas son siempre del horror.

La última lectura de F. Grandmontagne

Por RICARDO SAENZ HAYES

= De La Prensa. Buenos Aires. =

Unas pocas líneas quisiera pergeñar en homenaje a este buen amigo que de hoy en más por siempre me ha de faltar. La tarea no ha de resultarme fácilmente hacendera, lo confieso. Cuando las emociones ultrapasan los límites normales, apenas se traducen en incoherente balbuceo. Dudo de la elocuencia que se inspira en el dolor. Creo en el dolor que se ahoga en silencio. Pues este que ahora recorre las zonas del misterio que un día también nosotros recorreremos, era para mí un símbolo de virtudes castizas y ejemplares: la voluntad tendida como arco, la lealtad encendida como urna votiva, la devoción por las ideas generosas sin otro norte que el bien público, el culto de las letras como medio de superar el espíritu en profundidad y en belleza. Esos fueron los impulsos permanentes que lo llevaron por el mundo. A ellos obedeció desde las horas germinales de su mocedad aventurera en tierra argentina, hasta el ocaso de su vida en tierra vascongada. La voluntad que más admiro no es la que se emplea para dominar a los hombres sino la que se educa en el dominio de sí mismo. Quien llega a este señorío alcanza la serenidad interior porque lima las ambiciones turbadoras y se libera de lo que menos dura: los halagos fáciles y siempre interesados de la multitud.

No he de encarecer otra vez lo que tengo expresado sobre Grandmontagne en página reciente. Vertí allí los conceptos que me inspiraban al hombre y al escritor, ambos inseparables, porque Grandmontagne vivió para escribir tanto como escribió para vivir. No transigió con ninguna seducción que pudiera alejarlo de sus laboriosas cartillas. A mucha honra tuvo el considerarse valiéndose de una reminiscencia quevedesca, como simple "jornalero de la pluma". La independencia soberana de su carácter levantó murallas contra las sollicitaciones políticas, las más peligrosas de todas para un hombre de letras. ¡Cuántas veces quisieron hacerlo diputado, senador, ministro! ¡Nada! Ni embajadas, ni mercedes ablandan la reciedumbre de este gran indomable en lucha perpetua para mantenerse señor y altivo. Tampoco se me oculta que esta clase de espíritus, insaciados de libertad, no siempre gozan del merecido predicamento, porque el solitario no puede conceder favores a cambio de lisonjas.

Con ser Grandmontagne soledoso nunca fue insociable. Las armas de su dialéctica habían menester de auditorio, si bien reducido, para mantenerlas límpidas como acero de buena ley. Unos pocos amigos, capaces de escucharlo y contradecirlo, era lo único que pedía: "A mi me pasa lo que al vino: que con el trato mejoro. Pero comprendo cómo debe ser la primera impresión. Además yo discuto nerviosamente; pero es que necesito apasionarme, porque sólo así se llega a tener algo de elocuencia. Los que me oyen me creen verdaderamente indignado y no es verdad. Todo esto ha hecho que a mí me hayan costado siempre las cosas doble esfuerzo que a los demás. Un hombre de otro carácter lo encuentra todo más fácil, sobre todo en España, donde hay tanto devoción por lo que se llama una persona simpática,



F. Grandmontagne

Visto por Bagaría (1925)

GRANDMONTAGNE HA MUERTO

El emigrante fracasado

Por BENJAMIN JARNES

= De El Sol. Madrid, 2 de Junio de 1936 =

Francisco Grandmontagne — la noticia de su fallecimiento acaba de llegar a nosotros — es un magnífico ejemplar de emigrante, de nómada, fracasado. Es el hombre que jamás salió de España. Muy joven la abandonó corporalmente; pero su espíritu quedó en Fuenterrabía, en Madrid, en la periferia y en el corazón de España. Desde Buenos Aires, desde cualquier punto de América, seguía con tal sollicitud las inquietudes de su pueblo, la línea tortuosa de sus fiebres políticas, las vicisitudes de su historia general, que bien pudimos considerarle aquí como presente en cada momento difícil, en cualquier trance decisivo. Tal vez algún día pudo España perderlo de vista; él perdió de vista a España. Y desde fuera pudo aprender — la aprendió, efectivamente — la ciencia del buen definidor. Por haberla visto desde lejos, acertó a darnos de España panoramas exactos. Era un gran español, menos esa vehemencia inmediata — doméstica — que todo lo enturbia y desquicia. Mientras los definidores de aquí apenas se veían unos a otros, sumergidos siempre en la bruma de su propia emanación,

(Pasa a la pág. 76)

Pero yo tengo otro concepto de la simpatía; y cuando me presentan un hombre de los que suelen llamar simpáticos me abrocho la chaqueta".

Bien se echa de ver que a un temperamento así templado no le aguardan días de cálida, unánime popularidad. A cierto lenguaje y fanfarrón que se vanagloriaba de sus "múltiples, innumerables amigos", Grandmontagne le interrumpió con brusquedad: "los amigos de todo el mundo no son mis amigos". Y dijo bien, porque el afecto, como el amor, no se reparte ni se vende. Es sentimiento de elección, piedra trabajada y sutilizada en prismas primorosos, es quintaesencia del alma que no se prodiga ni se derrama como agua de manantial. ¿Quién concibe a este celoso de la afectividad en la Corte rumorosa y enredosa? Sin sueños de ascensión política, más le acomodaría el honesto saboreo del vivir aldeano. Sin ser cultor de Guevara, Grandmontagne sentía en lo hondo el "menosprecio de Corte". Pero con el de Mondoñedo era capaz de hacer suyo el título que reza así: "que nadie debe aconsejar a nadie se vaya a la Corte o se salga de la Corte, sino que cada uno elija el estado que quisiere". Grandmontagne eligió a San Sebastián para asentar sus plantas vagabundas. Y San Sebastián procuró lo que más anhelaba: quietud, amor y frutos de amor. En el sosiego de la villa pulquérrima levantó su torre de meditación, la torre de su vasto mundo vivido. Hablo de su mundo, del suyo, no del que le atribuyen moralistas trasnochados. Aquí, sin pedir ni aceptar nada, montó guardia de centinela en defensa de dos destinos: España y América, porque para este españolísimo escritor no podía comprenderse ni amarse a España si previamente no se penetra en su prolongación americana; harto lo saben los que conocen algo más que los hoteles de nuestro continente. Y a la inversa: Grandmontagne escuchó el potente latido de España en cada repliegue de tierra americana. Si tuviésemos a la mano su vasta obra dispersa en tantos diarios y revistas de ambos mundos, apreciaríamos el titánico esfuerzo realizado en casi medio siglo de prédica americanista en España y de enaltecimiento de los valores culturales de España en América. ¡Lástima que el sembrador no cuidara de la semilla que sus manos aventaban! Más anheloso de supervivencia, hoy nos habría dejado treinta o cuarenta volúmenes de maciza lectura, sin huecos ni vanos, densos de ideología y magníficos de prosa, porque el más escritor de los periodistas y el más periodista de los escritores odiaba el desaliño, la improvisación y la gacetilla. Dudo que otro hombre de pluma haya comentado la actualidad española desde el año 1900 hasta el presente con igual probidad, con semejante información, con aproximada clarividencia, con mayor alcurnia mental. Sus artículos reunidos formarían la más impresionante contribución a la historia política de la España contemporánea. El tema actualísimo no malogró los trabajos de exégesis literaria y filosófica. Ahí están sus ensayos, tampoco coleccionados, con los que adquiere elevada

(Pasa a la pág. 70)

Elegía del cuervo y los personajes novelescos

A la memoria de Teresa de la Parra

Por F. MIRANDA NIETO

= De El Sol, Madrid =

1

Rompamos el silencio que ha rodeado su muerte.

Si alguna voz amiga hubiera hablado, nuestra devoción permaneciera sólo oídos. Pero como los días han venido, y se han ido, sin escuchar palabra de homenaje a su memoria, rompemos el silencio.

Y no hay en esto ni reproche, ni queja, ni siquiera vanidad que nos mueva a pretender llenar tanto vacío. Hay, ¿cómo decirlo?...

El cuervo sabe cuán deliciosamente canta el jilguero, y sin embargo...

Si hubiera muerto en otro lugar o en otro tiempo, bandadas de palabras magníficas hubieran seguido la estela de su espíritu, y sobre la tierra que guarda su cuerpo mil miradas llorosas se hubieran posado como flores. Pero como ha muerto aquí y en esta hora...

Nos explicamos el silencio que ha rodeado su muerte. Sabemos de qué estruendosa fuente ha manado hasta convertir en isla solitaria su recuerdo.

En plena tempestad, cuando el relámpago rasga la tiniebla, no hay más luz que su luz en el cielo sin luna y sin estrellas; y no hay susurro, ni murmullo, ni voz alguna audible en el gran coro trágico de las voces juntas.

Entonces, el bosque no deja ver al árbol, ni en el concierto polifónico se escucha un trino. Las aves todas enmudecen, menos el cuervo. Como ahora.

2

Para evocarla: el mar. El terso, tibio, luminoso, inmenso mar de los trópicos.

Quienquiera habló de Ella hubo de hablar del mar. Y el mar habló de Ella a quien la conociera.

En su mirada, verde y profunda, el mar, con su misterio obsesionante y su quieta movilidad. En el prodigio de sus manos albas, la leve marina espuma, tejedora de ensueños. De sombra de algas, su bruna cabellera; de nácar, el palor de su tez; de coral y sal, la gracia de su boca. Y toda Ella, toda —en el milagro de su voz y su risa, en la inefable euritmia de su figura—, sirena convertida en mujer.

Su vida; un sereno día de sol sobre el mar.

Su agonía; un atardecer lento de sutiles matices sobre el mar.

Su muerte: un eterno claro de luna sobre el mar.

Nunca alma ni cuerpo de mujer nos dieron sensación marina tan exacta.

3

Su obra fué armoniosa y breve, como su vida. Dos libros inolvidables: "Ifigenia" y "Las Memorias de Mamá Blanca". Dos novelas, según ella; dos historias íntimas, según nosotros, que describimos en las páginas



Teresa de la Parra

Teresa de la Parra

Cementerio del Este, nicho 101, Madrid

Por JUAN RAMON JIMENEZ

= De El Sol, Madrid, 24, mayo, 1936. =

Sólo vi una vez a Teresa de la Parra. Vino muy abrigada en pieles, exhalando tibieza retenida; con los ojos azules, grises, verdes, brillándonos transparentemente dulzura y finura. Estaba ¿cómo decirlo? "delicada". Su voz envuelta con seda hablaba, cerca o lejos, desde la muerte.

Luego se fué al Sanatorio de la Fuenfría, Guadarrama. Desde allí nos mandó su libro "Las memorias de Mamá Blanca"; y cuando acabé de leerlo, yo le mandé un libro mío con unas palabras sinceras. Pensamos muchas veces ir a verla, no llegó la hora. Pero yo creía que aquella muerte que hablaba por su vaga voz iba a quedarse en esos desvanes del ser donde todos tenemos siempre tanta muerte, tanto muerto; que las islas mejores de su cuerpo resistirían indefinidamente el asedio de los venenos peores del río de su sangre. No ha sido así. Venció a lo grande bello lo venenoso feo, y pequeño, como ocurre tantas veces en la vida. Y hoy leo en **El Sol** la, tristemente segura noticia de su muerte callada.

Teresa de la Parra, venezolana de origen español (valenciano y vasco), nos deja escrita en español su voz verdadera. En su expresión poética narrativa se funden lo lírico y lo irónico en una delicada y graciosa lengua natural, suelta airoosamente toda tra-

(Pasa a la pág. 79)

esa perenne vibración fosforescente de su alma sin par.

Historias íntimas sus novelas, y no precisamente porque fueran autobiográficas, sino porque en ellas, más que el encanto del relato, nos afectaban las reacciones que éste suscitaba en el espíritu narrador.

Y no fué, por ventura, literata ni bachillera, pese a la limpidez de su estilo y a la amplitud honda y flexible de su cultura. Fué una artista genial de la palabra escrita, tan sincera y natural en la expresión como espontánea en las concepciones de su corazón y su cerebro.

Su alma tenía todas las edades, pues que, al proyectarse en el fidelísimo espejo de sus obras, lucía los dones más contradictorios. Era ingenua e ingeniosa, refinada y sencilla, frívola y reflexiva, llena de ciencia en su inocencia. Y era, sobre todo, dulce, triste y amorosamente escéptica, de un escepticismo tan hondamente infiltrado en su vida, que, sin ser congénito, lo parecía. Una suprema serenidad y una exquisita elegancia imponían firme equilibrio, cabal armonía, a tan compleja personalidad.

Como artista ejerció sobre nosotros la más deliciosa tiranía: jamás pudimos analizar libremente a los personajes de sus novelas, ni seguirlos en sus peripecias con ánimo distinto al del autor. Jamás, lo repetimos, ni ahora que, presentes todos ellos, lloran con nosotros su muerte.

Esta noche estábamos solos con su recuerdo. Pero a medida que nuestra emoción fué traduciendo en palabras fuimos evadiéndonos de la realidad que nos torturaba hacia un mundo de ensueño, en el que los personajes de sus novelas vivían, como nosotros, materialmente, o nosotros vivíamos, como ellos, inmaterializados e ingravidos.

Allí, Mamá Blanca, que también en un día de abril se fué dulcemente camino de aquel cielo que durante la vida había tenido el buen cuidado de arreglar a su gusto: ¡tan propicio a la alegría!

Allí, la adorable y desventurada María Eugenia Alonso, la moderna Ifigenia sacrificada a ese monstruo sagrado de las siete cabezas, que llaman: sociedad, familia, honor, religión, moral, deber, convenciones, principios.

Allí también Abuelita, bondadosa y severa, y Tía Clara, devota y febril, y Gregoria, la negra sabia y comprensiva, y la elegantísima Mercedes, rubia y magnífica, y Tío Pancho, el loco generoso, y el cuitado Tío Eduardo, con su esposa, la de los ojos extraños, y Juancho, con todas las demás gentes que conoció Mamá Blanca, y también Perucho, el pequeño gran Perucho, que parecía el más profundamente contristado por la muerte de Ella.

Y han sido ellos quienes han llenado el vacío que tanto nos angustiaba; quienes al reaparecer esta noche tal cual Ella los creara, han rendido el altísimo homeaje que deseábamos a su memoria y han roto el silencio angustioso que rodeaba su muerte.

A propósito del centenario de Garcilaso de la Vega

Por ADILIO GUTIERREZ

= Envío del autor. — Heredia, Costa Rica, Julio del 36. =

Dentro de pocos meses, en octubre próximo, se celebrará el centenario de la muerte de Garcilaso de la Vega, acaecida en el mes de octubre del año 1636. Me figuro que en todas las naciones hispanoamericanas se están preparando grandes homenajes para esta celebración. En Costa Rica, los círculos de intelectuales harán lo mismo; por lo menos yo lo pienso así. Nosotros, los jóvenes que no pertenecemos a ningún círculo de estos, también lo recordaremos a nuestra manera. Nos reuniremos, con entusiasmo, a reelerlo, a comentarlo, a poner en claro sus pensamientos que se nos han pasado desapercibidos. Creo que esta forma de recordarlo, si no es tan de campanillas como los grandes homenajes, tiene su valor, y quizá sea de más provecho.

En estos tiempos en que parece que todo se olvida, es necesario volver a los clásicos, pero volver a ellos con fe, con entusiasmo. No olvidar, jóvenes, con fe, con entusiasmo la fe y el entusiasmo se han perdido mucho. Ahora los jóvenes padecen de una grave dolencia: el pesimismo. Ese pesimismo que mata en plena florecencia, ese pesimismo que aniquila las mentalidades jóvenes. Este ambiente estrecho, ambiente de miseria intelectual, moral y económica priva de la viveza, de la inquietud, del desarrollo de las capacidades. Para muchos los grandes maestros de nuestra nación ibera son una novedad, en el sentido de su ignorancia total. Se da el caso de gentes que ocupan un alto puesto y que no saben si Santa Teresa es española o suramericana. Y esto pasa en este bendito

país, en este país donde todo el mundo habla de todo, se cree con derecho a juzgar a todos.

Es necesario, como iba diciendo, volver a los grandes maestros del habla castellana. Sigamos el noble ejemplo de Azorín, el gran maestro español. Entrémonos por esos feraces campos de los maestros españoles, admiremos esos claros paisajes, bebamos en esas fuentes purísimas, mas no en una taza prestada, no. Bebamos en la cuenca de nuestras manos, que así el agua nos sabrá mejor, que así se calmará más nuestra sed.

Los costarricenses tenemos una facilidad para entender a Garcilaso, que yo creo se la debemos al medio en que vivimos. Estamos siempre entre el paisaje, mejor dicho formamos parte integrante de él. Aquí frente a nosotros el prado florecido, más allá la fuente que se desliza dejando a su paso la canción suave, tersa; y más lejos la montaña azul, ejemplo vivo de elevación y de rectitud. Al leer sus *Eglogas* estamos pasando ante nuestros ojos el pueblito lejano, la moza que desde la aurora, levantada, lanza un torrente de armonías desde la cocina donde trabaja; el mozo que va tras la vacada para ordeñarla. Leyendo sus páginas vienen a nuestra mente esos amoríos campestres, amores puros como el agua de la fuente, como la aurora de verano.

Leamos, jóvenes de Costa Rica, jóvenes de América, jóvenes de todo el mundo, leamos a Garcilaso de la Vega, que bien lo necesitamos en esta hora.

La última lectura de F. Grand...

(Viene de la pag. 72)

jerarquía el crítico creador de valores. Dan ellos buena cuenta de los libros orgánicos que pudo hacer y que no hizo por el modesto concepto que tenía de sus fuerzas. En los últimos tiempos, sin embargo, halagábase la idea de escribir una obra sobre los pensadores aforísticos—La Rochefoucauld, Gracián, Chamfort, Nietzsche—y algo de más acendrada enjundia: un estudio sobre Quevedo.

La barca había navegado mucho y entraba en el puerto en pleno crepúsculo. Un poco más, y la noche cerraría sin esperanza de alborada.

En las postrimerías del último abril nos vimos y charlamos largo y tendido en la misma pieza del hotel donde ahora lleno estas cuartillas recordatorias. Si la decrepitud física de Grandmontagne autorizaba fundado pesimismo, su poderosa inteligencia se mantenía incólume, su agudeza espiritual rayaba en la acostumbrada cima de sus más lozanos años. Pero el cuerpo, el pobre cuerpo estaba vencido y apenas podía defenderse ya. Pasada la medianoche, nos despedimos.

—Bueno, hasta agosto y hágame el favor de cuidarse un poco — le dije al estrecharle la mano huesosa y al parecer febril.

—¿Cuidarme? ¡Vamos! La Naturaleza nada tiene que perder conmigo—contestó desde el marco de la puerta después de vencer un acceso de tos.

—No haga frases con la salud, querido Grandmontagne.

—No, hijo, no hago frases. Concedo, cuando más, el decir de Quevedo: “ningún hombre muere de repente; de descuido y divertido, sí”—y se marchó, para siempre, poniendo en orden la bufanda y enderezando su típica varita de junco...

La crisis no se hizo esperar. Dos semanas más tarde, médicos familiares y amigos de verdad, internaron a Grandmontagne en una

clínica para operarlo. ¡Cómo estaría de vencido para dejarse llevar! ¡Vencido, pero no desesperado. Soportó la prueba con entereza de buen estoico. No hay dolor físico que no resista una conciencia tranquila. A las veces, si el sufrimiento excedía lo humanamente tolerable, limitábase a exclamar: “¡Cuero viejo, no te arruges demasiado!”. De seguro que entonces le aflúan a la mente lejanas y bien amadas visiones de hombres y panoramas pampeanos, de vidas oscuras, recias y heroicas: la de Martín, hecho fierro en la adversidad, la de Cruz o la de Vizcacha, filósofo rústico del gauchaje inmolado. Con la mejoría renació el optimismo. La charla abundosa, jovial, chispeante, nuevamente floreció en los labios del donoso platicador. Dispensó chanzas a los médicos con algunos dichos, los menos crueles, de Quevedo. Si de algo le oyeron lamentarse, fué del artículo inconcluso que aquella semana no pudo enviarme para *La Prensa*. Mas no bien restablecido escribía más que antes para que le perdonaran esa involuntaria falta de cumplimiento a su deber... Pidíó diarios muy especialmente el nuestro, porque “hombre sin noticias, mundo a oscuras”, repetía con Gracián. Nunca lo conocieron los suyos más eufórico ni más amante de la vida como en esas horas vecinas al gran silencio. No sintió el aletazo ni vió llegar a la mensajera con el premio de reposo para su vida trabajada. Lenta, suavemente, se durmió y se marchó con ella, interrumpiendo la más placentera de sus lecturas, la última que llevaran a término sus ojos ávidos. Sólo la muerte pudo arrebatárle *La Prensa*, de las manos.

¡Fobre amigo, devotísimo amigo, maestro incomparable de lealtad y de pensamientos ejemplares! He venido como antes, como siempre. He visto tu mesa limpia de libros y de cuartillas. He visto las plumas huérfanas y apagada la lámpara que alumbrara tantas inveteradas vigiliás. Es destino de las lámparas el apagarse... Mas si algo de verdad me consuela es el haberte seguido, como un símbolo de tus compañeros de *La Prensa* bajo el cielo gris de Guipúzcoa, hasta la colina de Polloe donde ahora descansas. Vendrán días mejores, más claros y más limpio se mostrará el horizonte montañés que te circunda. Y hemos de volver, no lo dudes, porque nada se cumple con más estrictez como la sentencia que David profiriera en la muerte de su hijo: “Yo iré hacia él, más no ha de venir él hacia mí...”

San Sebastián, Junio de 1936.

In angello cum libello—Kempis.—

En un rinconcito, con un librito,

un buen cigarro y una copa de

ANIS IMPERIAL

SUAVE — DELICIOSO — SIN IGUAL.

FABRICA NACIONAL DE LICORES

SAN JOSE, COSTA RICA

Oración fúnebre a una fábula

Por PAUL VALÉRY

= Trad. y envío de Norberto Pinilla, Santiago, Chile, junio de 1936 =

Dafnis ama a Alcimadura. Alcimadura no ama a Dafnis ni al Amor.

Dafnis pronto muere porque es rechazado su grande amor, legando todos sus bienes a la insensible de quien no se dice si ha recibido la herencia por no decir nada inútil.

La tarde misma del día en que muere el enamorado, Alcimadura, libre del importuno y muy contenta de haber enriquecido, se entrega a danzar con sus jóvenes amigas. Estas damiselas, que parecen no estar felices sino entre ellas, no dejan de saltar y girar, con pocos vestidos, sin duda, alrededor de la estatua del dios esencialmente ciego de quien no se ha sabido jamás si es preciso desear o temer sus favores.

El ídolo puro cae, sucumbe y aplasta a la bella bajo su peso. Alcimadura, hundida en los infiernos, forma una Sombra graciosa y miserable; esta nueva Sombra vuela en el acto hacia la sombra de Dafnis. Pero ahora los papeles se han cambiado, los deseos del pastor se han convertido en desdenes y los desdenes de antaño remuerden aquí abajo el alma de Alcimadura, quien fué tan desdeñosa en la tierra. Diríase que la muerte ha transportado de uno a otro los sentimientos de estos dos seres. Sobre cada uno de ellos la rapidez de su muerte actúa como lo hubiese hecho una larga duración de reflexiones, y el cambio de la vida en muerte les cambia el corazón, a tal punto que el de Dafnis siente haber muerto de amor, como el de Alcimadura no se consuela de haber ignorado la ternura. No es lugar aquí de tratar de profundizar una metafísica del sentimiento. Ni la esperanza ni el pesar han hecho decir grandes cosas a los filósofos de ningún tiempo.

¿Cómo explicar que vivamos antes y después del instante mismo? Nada me queda, decía una princesa viuda. No he vivido jamás sino en dos años, escribe el indomable emperador.

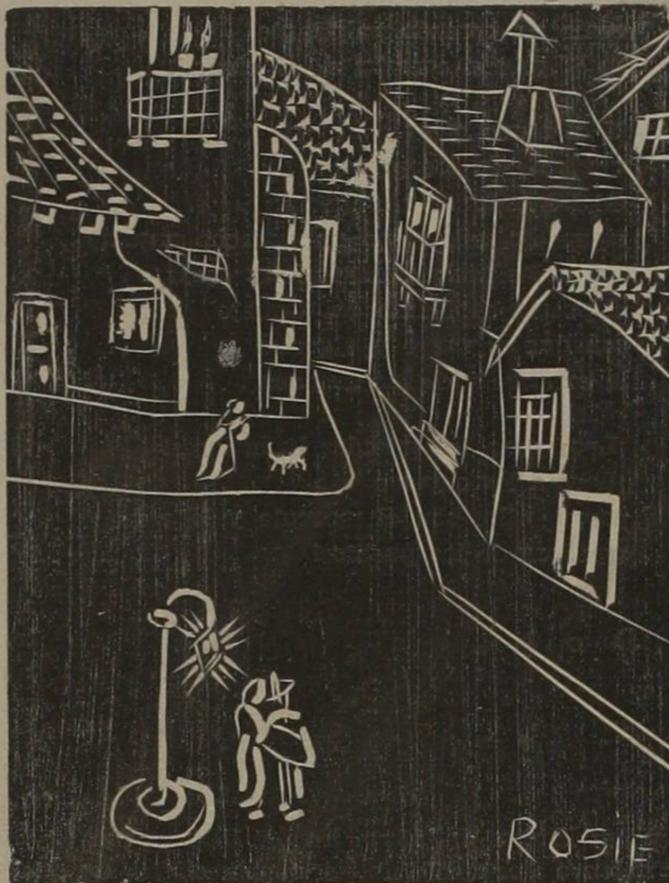
No somos casi nunca; pero fuimos y seremos. Nuestro cuerpo no subsiste y no se sostiene, no se defiende de perecer, sino para ser un poco más que un acontecimiento.

Sea como sea, Dafnis y Alcimadura en los infiernos, el vano fantasma del muchacho huye los rodeos y las vagas excusas del vano fantasma de la niña.

Obra pálida y perfecta, pieza noble y sin fuerza; hija muy delicada entre las últimas hijas de La Fontaine, esta fábula ¿qué es sino una Sombra literaria, una

parte de nuestras obras, es la de hacerse imperceptibles o extrañas. Las generaciones siguientes las sienten cada vez menos o las consideran más y más como productos ingenuos, o inconcebibles o extravagantes de otra especie de hombres. Entre la plenitud de la vida y la muerte definitiva de las obras conservadas, materialmente, fluye el tiempo que asegura la insensible degradación, que las altera por grados. Se debilitan sin remedio, no en su substancia misma, pues están compuestas en un lenguaje que permanece ininteligible aún y aun en uso. Pero como viene bien al orden del espíritu, ven desvanecerse una tras otra todas las oportunidades de agradar y romperse todos los soportes de su existencia. Poco a poco quienes las amaban, quienes las gustaban, quienes las podían entender desaparecen. Los que las aborrecían, los que las destrozaban, los que se burlaban han muerto también. Las pasiones que excitaron se enfrían. Otras personas desean o rechazan otros libros. Pronto un instrumento de placer o de emoción llega a ser un accesorio de la enseñanza; lo que fué verdadero, lo que fué bello se cambia en un medio de restricción o en un objeto de curiosidad, pero de una curiosidad que se esfuerza por ser curiosa. El aficionado a pesar de él, movido por su deber y su voluntad no voluptuosa, los visita en sus tumbas de cuero o de pergamino, siente demasiado que los molesta y atormenta más que lo que los reanima, y que les da sin esperanza, como con pena, un sentido y valor vanos y ficticios. A veces la moda, que busca siempre y en todas partes con qué alimentar su mañana, encuentra algunas novedades en los sepulcros. Por poco tiempo los entreabre, extrae y pasa. Pero este deseo engañoso no ha hecho sino desfigurar un poco más el triste objeto de su inquietud. Apenas altera su ausencia. No es sino un desprecio lo que puede ofrecer a las difuntas bellezas en cambio de su capricho.

En fin, la materia misma de las obras del espíritu, materia no propiamente corruptible, materia singular y hecha con las relaciones más inmateriales que puedan concebirse, esta materia de palabras es transformada sin transformarse. Pierde sus relaciones con el hombre. La palabra envejece, se hace rara, se hace opaca, cambia de forma o de papel. La sintaxis y los giros envejecen, sorprenden y acaban por chocar. Todo termina en La Sorbonne.



Madera de Rosie

aparición de poema errante y casi invisible a la mirada de una posteridad que la rehusa sin saberla? En vano se la imprime y se la reimprime todavía ¿encuentra de qué revivir en algún alma? Nadie la necesita y nadie se preocupa por ella.

Tan muerta como Alcimadura, como la señora de la Mésangère,

como el rey Luis XIV y como todos los anhelos, todos los gustos, todo ideal de un siglo del que muchas obras, aun admirables, se hacen poco a poco de una maravillosa insipidez, está bien en la condición indefinible de los tristes pueblos de los infiernos. Son y no son.

La fatal suerte de la mayor

Cansancio mental
Neurastenia
Surmenage
Fatiga general

son las dolencias
que se curan
rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual
dice el distinguido **Doc-**
tor Peña Murrieta, que

**"presta grandes servicios a
tratamientos dirigidos se-
vera y científicamente"**

Obreros y fábricas

= Envío del autor. — San José, C. R., Julio de 1936 =

El humo negro y compacto
de las fábricas jadeantes de fatiga,
bañadas en sudor y a veces en sangre;
que hinchan sus pulmones al viento,
y ponen sus bocas resequidas
al frescor de la lluvia,
es el penacho erguido
sobre la melancolía de la ciudad,
como el símbolo más alto
del trabajo y la verdad.

Nada perturba la incesante
labor de los obreros:
ellos son el músculo y la vida
creadora de los pueblos;
también son el espíritu
fuerte de las muchedumbres,
capaces de comprender
su misión vigorosa y pujante
en el concierto universal.

Nada perturba el incesante
trabajo de la fábrica,
como un corazón palpitante
en el mismo corazón de la ciudad.

Y el humo gris
que sale de las pipas
de las grandes chimeneas,
sigue diciendo como un penacho erguido
sobre las techumbres de las casas,
el poema constante del trabajo
con que se nutre y vigoriza
la existencia de los mundos.

¡Llor para los grandes luchadores!
¡Llor a los obreros
porque ellos son el músculo y la vida
creadora de los pueblos!

G o n z a l o D o b l e s

El emigrante fracasado...

(Viene de la pág. 72)

Francisco Grandmontagne, más allá de toda bruma, proyectaba sobre los problemas una serena claridad mental. "El Sol" —¿quién pudo olvidarlo?— se nutrió frecuentemente de ella.

De su claro y firme pensamiento nos nutrimos muchos. Porque aquella su abundante prosa jamás la utilizó Grandmontagne como fronda maquiavélica para escamotear una opinión. Era abundante, como era sencillo y claro. Ante cualquier tema fluían de su bien nutrida trastienda torbellinos de reflexiones y alusiones. Llevaba al día a España. Por lo mismo que —ausente de las menudencias madrileñas— podía seguir ávidamente el curso de la gran historia, la línea general de los acontecimientos cimeros, decisivos, definitivos. A los mismos hombres sabía oírlos desde arriba y por sus calidades sobresalientes, aunque más abajo, en el terreno de la pequeña historia, de la historia que se borra o se desdeña, estos hombres no coincidiesen con su visión general de la política española. Muere el fundador de un gran periódico, y saltando por encima de toda discrepancia ideológica, brinda al público de "La Prensa", de Buenos Aires, y a todo el mundo la más certera biografía de aquel hombre a quien —familiarmente— llamaba "Don Torcuato". Bosquejo biográfico que hoy leemos no poco sorprendidos ante tal destreza y exactitud de líneas. Al describir a aquel gran trabajador parece estarse él mismo describiendo... "Imaginación muy fértil, sujetaba pronto las improvisaciones, ajustándolas a la realidad circunstante. De ahí el encarrilamiento seguro de todos sus proyectos. Era muy obstinado, pero poniendo siempre la obstinación en obras viables". Grandmontagne admira en los demás sus propias características. Y ¡qué riqueza plástica en su expresión, qué abundancia de matices exactos!

¿Su obra? La mejor sin duda anda dispersa por revistas y periódicos. Muy joven, en Buenos Aires funda "La Vasconia", que dirige durante algunos años. Desde entonces, ¿quién puede seguir, uno por uno, sus innumerables trabajos? Aunque alguna parte de su faena literaria ha quedado encerrada

en los límites del libro. Ya en 1896 publica "Teodoro Foronda". Es "la novela clásica de la inmigración". Es indudablemente su propia novela de inmigrante. Libro de juventud, que es elogiado por Valera, por Navarro Ledesma. Dos años después escribe "La Maldonada". Otros dos más tarde, "Vivos, tilingos y locos lindos..."

Comienza el siglo, y Grandmontagne sigue publicando libros, poco o nada conocidos en España. "Ninguno de estos libros —dice su mismo autor— ha venido a España. Nada han perdido con ello los lectores españoles". Grandmontagne conocía bien a sus lectores de España... Gallardamente salía a su de-

A propósito del *Enchiridion* de Erasmo:

¿Habrà otro caso parecido, de una obra caída en el más profundo olvido, después de ser pan espiritual de varias generaciones, y a pesar de ser su autor una figura de perenne interés, nunca olvidada de los doctos, predilecta siempre de los amigos de la libertad? Para el hombre medianamente culto, Erasmo viene siendo, desde hace más de dos siglos, el jocoso autor del *Elogio de la locura*, a lo sumo, de los *Coloquios*, únicas obras suyas que se han traducido modernamente a las lenguas nacionales de Europa. Se nota no sé que contradicción entre el Erasmo de nuestros padres y abuelos —cuya burlona sonrisa es una como anticipación de la de Voltaire—, y el Erasmo a quien sus contemporáneos veneraron como a «excelente doctor verdaderamente teólogo», cuyo rostro fino y adusto pintó Holbein en el inmortal retrato del Louvre. De este último Erasmo pudiera decirse que la *Moria* y los *Coloquios* fueron meras recreaciones, a pesar de su fama póstuma, mientras las otras hijas de su fervor y las etapas de su gloriosa jornada son el *Enchiridion* (1503), los *Adagios* de 1508 con sus posteriores enriquecimientos, el *Novum Instrumentum* (1516), las *Paráfrases* del Nuevo Testamento, y por fin las ediciones de los Padres.

Marcel Bataillon

En el Prólogo de *El Enchiridion o Manual del Caballero Cristiano*. Edición de Dámaso Alonso. *Revista de Filología Española*. Anejo XVI. Madrid, 1932.

fensa, sonriendo irónicamente. No le faltaba ese precioso instrumento de expresión: la ironía. El fué quien puso en danza la voz "cavernícola", quien supo juntar al más puro lenguaje tradicional términos de precioso casticismo. Dominaba todos los registros del artículo periodístico. Hasta el punto de que sus crónicas perdían frecuentemente todo carácter de fugacidad y se convertían en verdaderos ensayos acerca del tiempo presente. Por su bizarra expresión, por su agudeza, por su abundancia de atisbos.

Tenemos a la vista uno de sus artículos, publicado en Buenos Aires en 1930. Bajo el subtítulo "¿Puede el pueblo hacer una revolución?" escribe: "...Un pueblo, su estado espiritual y emocional, se parece, visto en la superficie, al océano, cuyo verdadero fondo ignoramos. Ya les oigo a ustedes: "Este Grandmontagne se sale por la tangente; no quiere darnos su opinión." Nada de eso. Lo que ocurre es que, según mi criterio, la base esencial de toda opinión es la información, sin la cual todos los juicios carecen de cimiento. Pero quiero demostrarles que no eludo la respuesta. Acabo de comparar el estado espiritual de un pueblo con el mar, del cual vemos el oleaje, pero no el fondo. Pues bien: vista la España política en la superficie, la inquietud es grande, hay, sí—y ahí va la opinión—, un gran ambiente revolucionario y un visible anhelo de cambiar la forma de gobierno; pero, repito, todo esto se advierte en la superficie, en la mesocracia de las grandes ciudades, sobre todo. Lo que haya en el fondo, en el vasto mundo rural, está fuera del alcance de mi visión. Sólo podría saberse por medio de unas elecciones legales, rehuidas constantemente por las altas esferas." Las elecciones vinieron meses después... Grandmontagne, con la máxima sencillez, había contestado exactamente a sus amigos de Suramérica.

En cualquier momento, Grandmontagne podía contestar —y contestaba— a las preguntas más difíciles sobre el presente y porvenir de España. Su voz era escuchada con vivo interés por los lectores de "El Sol", de "Caras y Caretas", de "La Nación", de Buenos Aires, y de otros periódicos y revistas. Había tropezado con el secreto de la agilidad y amenidad. Sus frondosas crónicas jamás parecieron abrumadoras, porque su abundancia era pura fertilidad de pensamiento, puro dominio expresivo.

También en esto era español, y español del siglo en que nació; pero con la gracia y donaire popular del mejor pueblo, no con la retórica inflada —no inflamada— de los últimos escritores del XIX. Nuestro siglo lo recibió como a uno de los pocos hombres de espíritu capaces de dar ágilmente el salto de una a otra época. Sabían sus crónicas a España, a una España de ayer y de hoy, con cierto empaque señorial, con cierto desgarro también característico del pueblo. Era, repito, el hombre que jamás salió de España, del corazón de España: de tal modo arrastraba consigo las inquietudes de su pueblo. Por verla siempre un poco desde lejos, la vio siempre mucho mejor. Fracasó como emigrante. Como emigrante espiritual. Era uno de esos hombres que supieron enriquecer a España al alejarse de ella. Otros muchos, quedándose, la empobrecen. Su ejemplo—y las colecciones admirables de sus crónicas—continuará sirviendo a la historia política y general de España. Francisco Grandmontagne vivirá siempre entre nosotros.

Recado sobre un mito americano: el Caleuche, de Chile

Por GABRIELA MISTRAL

= Colaboración. Lisboa, Junio de 193 =

En el Sur de Chile, donde el mapa pinta con mancha redondeada a Chiloé y su séquito de islas, y más abajo, hasta donde salta el suelo firme de la Patagonia, las aguas son casi todo y la tierra muy poca cosa. Corren no lejos unos ríos grandes que se llaman el Bueno y el Maulín y el mar hace su antojo desmenuzando la Cordillera, dando Archipiélagos que no se cuentan y tajando penínsulas y fiordos. Los espíritus del agua son más que los terrestres y ponen a jaque a chilotes y patagones.

El sol se muestra cuatro meses del año en esos lugares; la niebla de más fantasmas que en cualquiera otra región de la América del Sur, continente frutal y solar; y la bruma llena de engendros disparatados el mar, que en otras partes es tan desnudo y simple.

Cuando la noche se cierra completamente como un arca, y se hace tan larga que parece no querer acabar nunca, los viejos y los niños chilotes, o ambos, en turno, cuentan todo lo bien que saben contar viejos y niños la historia de veras del "Caleuche buque de Arte" (1).

El Caleuche es un barco pirata, es decir, un foragido del agua noble, que para cumplir mejor sus aventuras corre millas y millas por debajo de ella, tan escondido que en semanas y meses se le pierden las trazas y parece que ya se ha muerto o ha dejado por otro el mar de los chilotes. El mar ha pactado con él desde todo tiempo y le cumple el convenio de esconderle al igual de sus madréporas y sus últimos peces de pesadilla.

Pero de pronto en la noche más sola de aquellas del Sur, el Caleuche saca entero su cuerpo de ballena y corre un buen trecho a ojos vistas, navegando a toda máquina (que las tendrá), casi volando, sin que pueda darle alcance ni barco ballenero ni pobrecita lancha pescadora a los que se les ocurra seguirlo.

Aquello que corre, a la vista de los pescadores locos de miedo, es un cuerpo fosforescente, de proa a popa, sin velas, que de nada le servirían, cuya cubierta pulula de demonios del mar y una tribu de brujos asimilados a ellos. Y el todo, aperos y equipaje, ofrece un aire de festival o de kermesse, arrancada a la costa, y que va por el mar corriendo a una cita para solemnidad aun mayor.

El motor que lo lleva a velocidad de delfín no hay por donde se le rompa ni le estalle, como que no lo mueven petróleos o alcoholes y habrá salido de la forja submarina y de los metales del mar, y lo conduce "el Arte", ejercida por un alto comando de hechicería oceánica.

Acérquense un poco los perseguidores de la presa "alumbrada" y antes de que ojeen y cacen el secreto, el palacio ardiendo del Caleuche se para en seco, se apaga como un gran tizón y deja un tronco muerto, oscura pavesa que flota a la deriva de las olas y chasquea a los que ya pintaban victoria.

El Caleuche puede ser criatura viva por

si misma y puede ser industria suma de los demonios hecha con oro del mar, y cañamos del mar y azufres del mar, que lo convierten en organismo o fábrica de fuego.

El Caleuche no se puede decir exactamente por no parecerse a otra cosa que... al Caleuche. Puestos en el aprieto de definirlo, tartamudeamos negaciones. No es una ballena, aunque se le parezca en su maña para voltear las barcas de peces, y no es un buque, aunque así lo digan sin otra razón que la de navegar válidamente y siempre.

El Caleuche lleva consigo, pues, la tripulación que dijimos de demonios luminosos y de brujos "de gran arte". De los demonios no se sabe otra cosa que su índole de contra-ángeles; de los brujos se sabe que llevan la cara vuelta hacia la espalda y la pierna izquierda torcida como la cara y además encogida, caminan la cubierta saltando sobre un pie y son esperpentos para toda la vida.

Ocurre de cuando en cuando que el Caleuche coge hombres de la Costa, ya sea que los rapte o que algún loco salte a su cubierta. Unos y otros son hombres perdidos: al acabar la navegación y tocar tierra, bajarán vueltos de revés como los que se quedaron a bordo, pero además con la memoria perdida. No sabrán lo que vieron en el "Alumbrado" porque los "del Arte" quieren que su lengua suelta no vaya a entregar lo visto y aprendido. Con lo cual los idiotas pierden lo mejor que consiguieron desde

El ejemplo de Bolívar:

Sabido es que la suspensión de las leyes trae consigo la suspensión de las garantías sociales; donde no hay garantías sociales, ¿podemos decir que reina la libertad? Bolívar, dictador para la guerra, presentándose ante el Congreso a devolver las facultades omnímodas de que se halla investido, califica de terrible ese poder y dice que ni nación digna debe concederlo, ni buen ciudadano conservarlo sin una extrema necesidad. Nosotros hemos visto una Convención dar en tierra con sus propias leyes, y crear un dictador sin término en tiempo de paz y sin objeto plausible: a esto llaman libertad, regeneración, principios los hombres sin corazón que se están mofando impunemente de la vergüenza de un pueblo desgraciado.

(Juan Montalvo: *Páginas Desconocidas*, Tomo I.)

La refiere Mitre, en el Cap. I de la *Historia de San Martín*, Tomo I, 2.^a edición. Buenos Aires, 1890. Se trata de José Antequera, caudillo del pueblo contra la supremacía de los Jesuitas del Paraguay:

A la noticia de la ejecución de Antequera (1731), la hija de Juan de Mena, que a la sazón llevaba luto por su esposo, se despojó de él y reveló por la primera vez la pasión femenil por la libertad en América, vistiendo sus más ricas galas: «No debe llorarse, dijo, una muerte tan gloriosamente sufrida en servicio de la patria».

que Dios les hizo, al dejar su memoria en la casa misma del portento.

Una sola hazaña de monstruo bueno se le conoce al Caleuche y es ésta: Alguna vez tomó el amor de su tripulante cristiano y sabiendo su apetito de hijo de Adán por el dinero, le entregó en brulotes el oro que quiso coger de su cala. E hizo más, consintiendo en atracar a tierra, frente a su casa chilota, y dejarlo acarrear los odres hasta su puerta. La familia del servidor del Caleuche enriqueció de pronto y sin causa visible, y el padre siempre esquivó responder a quienes le preguntaron por una riqueza tan brusca y no hacía sino sonreír a lo chilote ladino sin soltar... confesión...

El Caleuche no se acaba y los que navegan en él tampoco parece que se pongan viejos. La brujería de tierra cuenta sus vejeterios, pero las bestias del mar se ven siempre mozas y los "mudados" o "trocados" que lleva el Caleuche, respiran pura ráfaga marina, duermen el día y por la noche corren a la fiesta, y como ella es la marina de la de Ulises, no fatiga ni a demonios-patronos ni a los brujos-serviles.

El Caleuche y los caleuchenos no se casan al llegar a las costas, donde las muchachas casaderas juegan en las dunas o recogen las aimejas; ni en Llicaldad, ni en Trren-Trren, ni en Quicarí, sus patrias posibles, han robado nunca mozas la gran bestia mora o sus brujos bautizados. Se quedan solteros, al igual del Doctor Fausto. Y como no tiene mujer ni hijitos, el Caleuche se parece al Judío Errante que sólo lleva el aire a sus costados y la tierra que toma y deja.

Yendo por el mar austral, todos hemos cruzado al Caleuche sin verlo; cada marea del Sur tiene gusto y tactos del Caleuche, y el puelche patagón le ha puesto la mano encima, en el momento en que saca el pecho del agua.

Va y viene de vuelta el Caleuche; pero no se sabe hacia dónde navega para ir tan desafortado ni qué encargo cumplió en el final de su viaje, que viene tan rozagante de vuelta. Y si hace el viaje por el viaje, será que como los marineros tomó el amor de la sal y no puede vivir en la tierra, donde nosotros bebemos agua dulce.

Los pescadores que trasnochan mar adentro ven al costero y se lo pierden los que duermen en tierra a pierna suelta; los guardianes de faro de ojos puestos en el mar, lo han visto alguna o muchas veces, según sean ellos lerdos o milagrosos; los que se quedan trasnochando en cabos o en peñas, se dan el gusto con espanto, de ver al Caleuche astral, gusto que más sirve para contarlo que para sentirlo... Un chilote de veras, "vaqueano" de su archipiélago, chilote curtido de salmuera, siempre logra el suceso y llevará toda su vida los ojos encandilados por el barco de luces. Este chilote feliz compondrá el romance o corrido del Caleuche...

Sobre la mar alumbra
como cosa de otra vida.

Pero los que mejor se saben al Caleuche, aparte de los idiotas que él dejó escupidos en la playa, es lástima que no hablen más; son la gente barquera que el pirata ahogó volteándole la embarcación y que está en el fondo del agua pesada, con la lengua contadora comida de pulpos y los brazos gesteros quebrados por el pez sablista del abismo que llaman pez espada.

(1) Arte-Magia.

Fuego en la lluvia

Por ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO

= Envío del autor. México, D. P. 1935 =

—¿Confesar, dice usted? Pero, señor: ya ha oído la declaración de mis compañeros. Tome la de cualquiera de ellos como si fuera mía. ¡Bueno, si es exigencia de la ley...! Sólo quería ahorrarle tiempo; debe de estar usted muy cansado. Está bien, perdone. Me limitaré a lo que llama confesar. ¿Eh? Le repito lo que ya le dijeron ellos: nadie nos aconsejó. Nosotros y nuestras gentes teníamos hambre. No, no lo crea; nunca hemos visto la ocasión de hartarnos; ¿no sabe que todos los peones nos conformamos con poco? Pero de eso a que se pueda soportar oír a las mujeres y a las criaturas llorar de vacío en el estómago... ¿usted no ha visto eso alguna vez? Está bien, señor, sí le entiendo; no creí que eso lo enojara. Es uno tan ignorante... Pues cuando trabajábamos con nuestros arados y con nuestros animalitos, nunca nos faltó nada. La Providencia nos ayudó en todo tiempo. No le diré que teníamos lo que los amos—¿para qué tener tanto?—; pero de las cosechas, aunque eran más cortas que ahora, siempre nos quedaba lo necesario para pasarla regular en todo el año.

"Un día llegaron los niños del patrón, don René y don César, junto con unos gringos que traían unos pantalones muy chistosos y enseñaban las piernas como mujeres. ¿Te acuerdas, Nepomuceno? Dispense, señor, lo había olvidado. Pues entre todos montaron en la casa grande unas máquinas más altas que el techo de esta choza, y que bramaban como demonios. En los surcos también pusieron otras, que caminaban solas. Se tiraron los linderos para labrar cinco veces más tierra. Vino peonada de fuera, se trabajó más que nunca. ¡Había que ver la cosecha! Montañas, señor, de veras montañas de trigo y de maíz. Como vimos que únicamente la mitad de la cosecha se había vendido y la otra estaba encerrada en las casas del administrador, pedimos que de allí se nos diera. Los niños nos dijeron que el grano guardado no podía tocarse porque los precios, y que el mercado, y quién sabe cuántas cosas, y que consiguiéramos fiado en el rancho de don Hilarión Rosado. Como no entendíamos las explicaciones que nos daban y ¡claro! insistíamos, tuvieron que echarnos de frente a ellos. Nuestras gentes sufrieron hambre unos días; luego, con trabajos, nos hicimos de cereal. En las noches nos juntábamos todos los hombres para hablar de las cosas tan raras que veíamos. Unos ayudando con una palabra, otros con otra, todos comprendimos que la causa eran las máquinas.

"Nuestras chozas, señor, usted lo sabe, están bastante retiradas del casco de la hacienda. Una vez, cuando estábamos reunidos en la noche, alcanzamos a ver unas llamadas del alto de la iglesia, por el rumbo de las casas del administrador. Corrimos. Queríamos ayudar para que el fuego se acabara. Pero no más acá de cincuenta metros de las casas, los niños, el administrador y los empleados nos impidieron acercarnos. ¡Y lo que vimos, señor! Los montones de granos de trigo y de maíz, secos, se consumían de prisa, muy de prisa, con un ruido que se metía en el corazón. Creímos que estarían locos y les gritamos. A ellos les pareció mal y nos tiraron unos balazos. Dijeron des-

pués que fueron unos disparos al aire; pero al aire, al aire, Filemón perdió allí dos dedos. Tuvimos que retirarnos, y no hubo ya quien durmiera. En la mañanita vino uno de los mozos a decirnos, de parte de los niños, que si uno de los peones se acercaba a las casas la pagaría caro. Al rato sopló un viento muy fuerte. Venía adonde nosotros y traía las cenizas de lo que en la noche se consumió. ¡Qué cosa, señor! Abriamos la mano y el viento nos iba dejando en ella aquel polvo, tibio todavía, del cereal que nos costó sudor y que nos dió la tierra. Mis compañeros y yo sentíamos—¿cómo se lo diré? Pues aquella tibieza en la mano se nos volteaba por dentro en calor y coraje. Hablamos de acabar con las máquinas, de romperlas. Casi todos se fueron yendo, asustados de lo que queríamos hacer. A pesar de todo, no dijeron nada a nadie. Como por muchos días hubo vigilancia en las casas, estuvimos esperando la hora de cumplir lo que dijimos. Y una noche, al fin, acabamos con aquellas máquinas que les hicieron vacío en el estómago a nuestras gentes... Creo que ya le conté todo, señor".

Una sombra surgida del último rincón, arrastrando los pies y el gesto con desgana, se acercó a la única mesa que había en la choza miserable. El nacimiento del cerillo a la vida es una llama inquieta y fogosa. Luego, mientras se regulariza su lumbre, es serenidad y lento consumirse. Sólo cuando conoce el contacto de la mecha del quinqué, y trasmite a éste todo lo que en él vibra, su llama llega a la culminación de la energía. Ya pasó su vigor a otro cuerpo inflamable. Entonces lo apagan; pero deja luz.

Ahora la claridad nos permite ver, al frente del interior de la choza, dos manos velludas y entrecruzadas, sobre la mesa, que parecen sostener, vertical, una vara de latón. Engaña la vista a veces, fijarse mejor: es una fila de botones dorados. De frente a

Del testimonio de Sarmiento (Releyendo *Ambas Américas*. Tomo XXIX de sus *Obras*):

Todas las violencias, fraudes populares en las elecciones, en la barra, en la prensa, que atacan las bases de la República, tienden a crear en el vulgo la idea de que la libertad es imposible, y que no son capaces de gozarla. Un senador que llega, por el dinero invertido, a su puesto, abre un mercado que quitará al Senado todo prestigio. Lo que da fuerza moral al Poder sin armas, es simplemente la confianza pública de que su nombramiento fué la obra de la mayoría real de opinión y no de cifras aparentes. Ese es su fuerza y su ejército después.

Creo que son ciento veinte los regimientos de Nueva York, tanto de nacionales como de extranjeros; pues que aquí los extranjeros no son tan bien creados como los nuestros de allá, que echan la carga a los del país, para que los cuiden y los guarden, mientras ellos se toman sólo la molestia de trabajar para sí y enriquecerse; en lo que hacen perfectamente bien. (Nueva York, mayo 20 de 1866.)

Necesitamos formar la opinión pública; levantar la barrera insuperable que nos mantiene en el atraso y la barbarie. Pasarla, o morir de inanición.

los botones, dándonos la espalda, seis cabezas de hombres, enmarañadas, y seis camisas que aun a contraluz, como nos hallamos, denuncian su blancura. Y alrededor, y detrás, y a los lados de los seis, sombras, más sombras uniformadas.

Los botones y las manos recapitulan, se aburren, reflexionan. La luz tan restringida, nos impidió reparar, antes, en que tiene a cada uno de sus lados un asesor. A la derecha, una señora allegada a Mercurio, a juzgar por la balanza. La luz de los campos daña la vista de las señoras de la ciudad: tiene los ojos vendados. A la izquierda, una dama voluminosa, que se da excesiva importancia porque tiene más de mil hojas de títulos. Toda ella tiene palidez de papel. La alaban por su rectitud; pero los años y la obesidad deforman su línea. Y los botones y las manos reflexionan, se fastidian, recapitulan.

Por los vidrios estragados de la ventanita se filtra un aire frío y húmedo. Afuera, más allá de los cristales, llovió. Se percibe una neblina azulosa y pareja, perforada a ratos por vigorosos mugidos de ganado.

Los botones y las manos, con el imperio de una breve señal, fijan junto a sí a una sombra uniformada. Se ve, cortante, la voz:

—Enciérrenlos. ¡Ah! Y les procuran qué cenar.

En voz alta, sólo eso. A su voz...

En la ciudad, las horas que no corren vuelan. En el campo simplemente han transcurrido, en número de veinticuatro.

Amplia decoración de nubes tormentosas, emplazada en las alturas. Se esperaba, midiendo el tiempo con el latir de los corazones, la líquida avalancha. Por un capricho de óptica, el volar de los grupos de pájaros, en su alternado acercamiento y elevación del suelo, hacían admisible, a la fantasía, el fenómeno de que la tierra ensanchase y hundiese su seno, idéntica al pecho de una mujer enamorada que ve tenderse hacia ella, o está sintiendo ya, la caricia que esperaba. Como ocurre cien, quinientas, mil veces, la acción decidida rompe el hilo raquíptico del pensamiento, de las intuiciones. Un relámpago baña de azoro y claridad las pupilas del ganado, y el telón se descorre.

Empieza la fiesta de los aromas. La tierra quema incienso. Cien gotas forman un charco, no más grande que el ojo de una vaca; pero vienen más agujas transparentes, chocan, se funden, alborotan, se ensanchan. El tronar de la lluvia apaga todo otro ruido de bestia o de hombre: domina, cubre, avasalla. Cien charcos se buscan por caminitos vertiginosos y se unen. Destello y detonación ensayan dúos improbables, sin alcanzar entera coincidencia. Y mil charcos, entre juego y retozo, se hallan abrazados y saltan con fresca delicia. La tarde sigue haciendo su geométrica demostración del ángulo cristalino: el agua cae vertical y al tocar tierra se arrastra. Llueve.

Pero veamos allí, donde acaba lo bonito:... cuatro, cinco, seis cuerpos, de espalda a la tierra, con los ojos frustrados para alcanzar la altura que tienen—que tendrían—ante sí. Seis camisas blancas con una contraseña, púrpura del lado del corazón. Otra contraseña en un madero: **Por comunistas**. Y en las palmas de las manos, abiertas al azul, el agua allí estancada empieza a reflejar, con lento vaivén, las estrellas que toman suntuoso asiento en la noche.

Reflexiones sobre la violencia

Por B. SANIN CANO

= De *El Tiempo*. Bogotá =

Eminentes figuras del partido opositor solicitadas para emitir su opinión sobre la verdad de los conatos revolucionarios y sobre las probabilidades de éxito han sido casi unánimes en afirmar que son enemigos de la violencia y que no pretenden volver a tomar la dirección del gobierno en Colombia por medio de la rebelión armada o de la conspiración militar. Suponemos que hablan sinceramente. De un lado la historia de Colombia y de otro las prácticas políticas de los últimos treinta y cinco años proclaman la inutilidad de ambos procedimientos. La historia de nuestras contiendas civiles muestra a las claras cómo el pueblo, sin distinción de partidos, tiene un gran respeto a la legitimidad, sentimiento que acababa siempre por imponerse al fin de las más encarnizadas luchas a mano armada. Además de esto hay ya en el pueblo la convicción de que por medio de la fuerza no puede conquistarse el poder. En dos ocasiones la voluntad popular, manifestada de modo inequívoco en la capital y en las provincias, bastó para provocar o apresurar los cambios políticos que la nación deseaba.

Si echamos una mirada a la historia reciente de la América latina no es posible sustraernos a la conclusión de que en el momento actual de las organizaciones llamadas gobiernos no se puede pretender llevar a cabo alzamientos de feliz resultado sin la base invariable y segura de la traición militar. Las más de las revoluciones habidas en Ibero América desde 1910 a la fecha o han tenido por origen la fuerza pública o en la

defección y complicidad de ésta se apoyaban las esperanzas de los revolucionarios. Y por haber tenido ese origen las revoluciones victoriosas, las consecuencias han sido unas mismas al norte, al sur y al centro del Continente. La conspiración militar lograda y convertida en gobierno es el almácigo de los siguientes golpes de Estado. Un militar afortunado o un grupo de civiles apoyados en el ejército que obtienen éxito en un plan subversivo, formulan el ejemplo de las futuras conspiraciones. Alteradas la normalidad y la ley, desconocida la disciplina y recompensados los motines en el instituto armado, es natural y humano que los jefes descontentos y ambiciosos, con la ayuda de los cuales sus camaradas del ejército han llegado a la cumbre de los honores o a la plataforma

Actitud ejemplar de Montalvo:

Un día vi venir hacia mí en una calle de Lima una hermosa persona con el sombrero en la mano: saludóme en cortés postura, y me hizo cultos ofrecimientos. Este hombre tan político, tan respetuoso, tan aprensivo en cierto modo, era el Ministro del Ecuador, reinando García Moreno; era don Vicente Piedrahita. Tanta cortesía, tanta etiqueta... Ya no era el Vicente del Colegio de San Fernando de Quito, ese muchacho alocado que cuando menos yo acordaba se iba a la calle con mi capa y mi chistera, o estaba tendido en mi cama ses-teando sus dos horas. La política separa, mas no es necesario que engendre odio: ahora que Piedrahita ha muerto, ¡y qué muerte! no me acuerdo del Ministro de García Moreno, sino del amigo de los años juveniles; no cargo la memoria en sus opiniones y su partido, sino en sus aptitudes y virtudes. Según eran éstas yo pienso que los ecuatorianos acabamos de hacer una pérdida irreparable.

(Juan Montalvo: *Páginas desconocidas*. Tomo I)

donde cada cual se paga a sí mismo el precio de sus prevaricaciones, quieran ensayar el motín en su exclusivo provecho. La intranquilidad es general en el Continente, porque en la mayor parte de las naciones que lo forman los gobiernos saben que su origen es debido a sediciones cuartelarias. Los que tal saben y no pueden ocultárselo ni a sí mismos, ni a la opinión, ni a los militares insatisfechos, duermen, por las razones mismas de su origen, en un lecho de púas. La tradición civil, civilista y civilizada de Colombia pugna con la transmisión del mando por medio de la guerra entre hermanos. En Colombia no ha habido más que una revolución victoriosa y aun en ese caso puede hacerse valer el atenuante de que el promotor del conflicto era un jefe de Estado Soberano y tenía desde el comienzo de la guerra el prestigio de la autoridad sobre una parte del territorio. Mancha nuestros anales políticos un golpe de Estado urdido y llevado a cabo en las habitaciones del jefe del Estado, con el beneplácito suyo y la aprobación de otras potestades. Basta pensar en el resultado inmediato de ese crimen gubernativo, basta recordar el nivel a que por causa de esa conspiración llegaron entre nosotros la moral política y el respeto a las leyes naturales para desechar sin "pedirle al dolor nuevo argumento" todo conato de motín basado en la defección de las fuerzas armadas.

Pero la violencia no se ejercita únicamente por medio de las armas, en las camarillas de palacio, dentro de la disciplina de los cuarteles o en la plaza pública de las remotas aldeas gritando vivas y muertas con o sin conciencia de su significado. La violencia de las palabras no logra en la mayor parte de los casos modificar el rumbo de la política de un gobierno y mucho menos derrocarlo, pero tiene algunas de las fatales consecuencias ya señaladas en la violencia del hecho. La violencia verbal envenena las fuentes de la vida civil y predispone a la ejecución de actos criminosos aislados. Después de las grandes acciones militares jefes y soldados fraternizan celebrando los armisticios o el advenimiento de la paz; las polémicas en que se abusa por sistema del vocablo ofensivo, de la frase hiriente, de las insinuaciones malignas, dan lugar a enemistades que no fenecen ni a la vera de la helada fosa.

La violencia oral o del escrito es además indicativo de flaqueza, ya porque sugiere falta de fe en la justicia de la causa que se defiende, ya porque proclama escasez de recursos en el arte dialéctico, ya porque parece arrancar del convencimiento de haber agotado todos los argumentos válidos en defensa propia y para escarmiento del adversario. Ni vale decir que otros antes o ahora mismo usan del recurso censurado, porque si se acepta, como no puede menos de aceptarse, que la violencia verbal es prueba inequívoca de flaqueza en ideas, usar de ella, porque hay quienes la esgrimen como arma, vendría siendo el colmo en el reconocimiento de la debilidad propia.

Teresa de la Parra...

(Viene de la pág. 73)

ba, uno de esos encantadores españoles que han quedado en tales ciudades de América como en provincias de España, paraísos grandes del otro lado del mar, en cuyo color, cuyas horas, cuyos seres yo he soñado desde niño más quizás que en los de estos mismos paraísos de la junta España. Me pareció que Teresa de la Parra venía a "su" España de "mi" España, de una España recordada, querida y deseada. Seguramente yo la había conocido, soñando, en algún rincón del Paraíso inmenso español, y gocé oyéndola hablar su lengua, mi lengua una hora del tiempo relativo (aquella hora que pasó seguramente a nuestro lado, tan suave, tan agradable, tan sencilla) como se goza oyendo a una antigua amiga inolvidable.

Nos ha contado Lydia Cabrera que la madrugada antes de morir Teresa de la Parra, estando Lydia velándola, hizo un poco de café. Y le preguntó si no quería probar un poquito. Teresa de la Parra (yo, recordando su voz, me imagino bien su acento de aquel ins-

tante) le contestó: "Yo comeré una poquita de tierra". Sí, todos tenemos que comer esa poquita de tierra y no sabremos nunca, vivos, de dónde será, dónde estará esperándonos esa poquita de tierra que comeremos, aperitivo de la gran comida, la tierra que ya, hasta hacernos la misma tierra, no nos faltará nunca al lado de nuestra boca.

Teresa de la Parra, blanca pasajera fugaz; no sé si me has oído, que todos tenemos, como tú, que comer esa poquita de tierra, que para ti ha sido española. Tú te quedas ahora con nosotros españoles. Aquí tus momentos fueron sin duda, días, tus días meses, tus meses años. No has vivido "menos". Tuviste el poder de anchar lo breve, de hacer constante la mirada, presente la voz; de envolver, de perdurar. No estás muerta aquí, femenina presencia viva de una tarde; estás detenida, retenida por el centro de la tierra madre de España, que te había oído hablar, buena y lenta, con voz de ella, en su alto aire.

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
#USCRICIÓN MENSUAL: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—JOSE MARTI.

Exterior:
El semestre, \$ 3.50
El año, \$ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre
Nueva York.

Huichilobos y el bisonte de Altamira

A mi buen amigo José María de Cossío, erudito investigador de tauromaquia

Por MIGUEL DE UNAMUNO

= De Ahora, Madrid, Junio 28 de 1936 =

"Que un sang impur abryve nos sillons.—De la Marsellesa.

Nunca logró interesarme la fiesta llamada nacional, la de las corridas de toros. Aunque sí me interesó, pero no como espectáculo de arte, sino como persistencia de un terrible culto de una religión pagana y casi prehistórica. Acaso de los tiempos del bisonte de Altamira. Un sacrificio propiciatorio a no sé qué divinidad que pide sangre. Divinidad de la estirpe de aquel terrible dios de la guerra mejicano, Huitzilopotzli, a quien nuestros cronistas de Indias le llamaron Huichilobos. Y que vuelve, en cierto modo, a renovar la vieja tradición de popular barbarie, o mejor que barbarie, salvajería.

¿Fiesta nacional o popular? Las dos cosas. Nacional cuando el espectáculo toma un cierto carácter oficial. Como en las corridas regias antaño y en las de aparato, presididas por una autoridad gubernativa. Esta es la fiesta celebrada, investigada y estudiada por revisteros, eruditos y hasta filósofos de la tauromaquia. Pero junto a ella persiste la otra, la fiesta popular, la de las capeas de los pueblos, fiesta sin cuadrillas contratadas — algún torerillo parado que se echa al ruedo como espontáneo — y en que el mocerío aldeano se da el placer de hostigar a mansalva al novillo, de acosarle para ver correr su sangre, de satisfacer así un instinto, en cierto modo religioso, de sombría religión. Y hay que confesar que sin este aspecto, el popular, que es el primitivo y originario, no cabe explicar el otro, el de la fiesta racional.

¿Qué es lo que le ha dado su carácter oficial, litúrgico, propiamente eclesiástico — aquí es el Estado el que hace de iglesia — a ese sombrío culto a una divinidad de sangre? Porque el carácter oficial es lo que a muchos nos acongoja. Cuando unos obreros, declarándose en huelga, se niegan a trabajar, hasta en un servicio público, corren los riesgos de su actitud, pero no se le ocurre a ninguna autoridad llevarles al campo de su trabajo a que trabajen a la fuerza. Y, sin embargo, hemos visto recientemente que a unos toreros que se ne-

garon a torear se les llevó por la fuerza pública a la plaza de toros a que lo hicieran a la fuerza. Colmo de barbarie gubernativa. ¿Y para evitar qué? El que unos bárbaros que llevaban un cartel con un "¡Queremos corrida!" hiciesen cualquier barbaridad — quemar la plaza o agredir a los pobres toreros huelguistas —; ¿y quién les convence a esos bárbaros, con su dementalidad córnea de aficionados castizos? Es que no se han visto sangrientos motines cuando a un villorio se le ha negado la autorización para una capea? Ah, es que se atentaba a la libertad de un milenario culto de sangre.

Y ahora ha venido el pleito entre los toreros mejicanos, los del dios Huichilobos, y los ibéricos, los del bisonte de Altamira. No es cosa de entrar en el aspecto legal de esta concurrencia. Es aquí lo de menos. Lo que el público — la "afición", la trágica afición — pide es que le dejen

saciar su sed... de sangre propiciatoria. Se ha visto a un pobre torero ibérico ofrecerse a un verdadero suicidio, sin arte alguno, no más que para probar que podía competir con los toreros de Huichilobos. ¿Es que, en el fondo, los castizos aficionados no siguen de plaza en plaza a un diestro de instinto suicida, a un mártir de esa sombría religión de sangre, en la esperanza de verle despanzurrar por un toro y verter su sangre y poder decir: "Yo lo ví"? ¿Y no está la autoridad para aplacar esa religión salvaje de los aficionados e impedir así que se den éstos en hacerse ellos mismos sacrificadores? ¿No hay esa frase terrible de: "Vamos, que habrá hule"? ¿Y es que no se ha oído en un "match" de boxeo gritar a una... señorita — no mujer, — dirigiéndose a uno de los luchadores: "¡Mátale!", y con los ojos, y no sólo los ojos, retemblándole? Sin que se supiera si quería ver muerto al que la enlo-



T. S. H. de viejas

Madera de Laporte

quecía. Sadismo puro. Que explica, por otra parte, no pocos suicidios mutuos en que la pareja de enamorados mezcla sus sangres. Y entre tanto, pan y toros. Pan empapado y sangraza. Como en el Méjico precolombino el dios de la guerra, Huitzilopotzli — Huichilobos se apacentaba de sangre humeante de sacrificios humanos.

Pensando en todo esto me han venido a las mientes las luchas de gladiadores, pobres esclavos como los que sublevó Espartaco, que satisfacían la sed de visión de sangre de populacho de Roma, y se me ha ocurrido si no cabría convertir a unos y otros toreros, a los ibéricos — los del bisonte — y a los aztecas — los de Huichilobos — en gladiadores y llevarles a la plaza a que luchasen en ella unos con otros como en Roma los gladiadores. Lo que se parecería mucho a la caza de unos obreros por otros, que se está convirtiendo en fiesta popular y además nacional. ¿Qué le importaría al aficionado castizo, sin pedanterías pseudo-artísticas, que les matase a los toreros en competencia un toro o que se matasen ellos unos a otros? La finalidad sería la misma. Los del cartel "¡Queremos corrida!" lo que en realidad quieren decir es: "Queremos ver correr sangre". Y no sólo sangre de toro o de caballo, sino sangre humana. Tal es el verdadero fondo del problema.

El pleito de los toreros ha puesto de manifiesto, para quien sepa ver en su verdadero y trágico fondo, todo lo que hay en el fondo trágico de la fiesta popular y nacional. ¿Fanatismo? Sí. El fanatismo que llevaba a presenciar autos de fe y ejecuciones de reos. Fanatismo religioso pero no de la religión cristiana católica o protestante u otra religión histórica apoyada — como pretexto — en uno u otro credo teológico, no; sino fanatismo de una religión prehistórica, de un culto de sacrificios humanos. Y ahora que aquí, en España, se exagera el culto a la matanza — sin otra ideología — vienen a ponérselo más en claro los toreros de una y de otra banda. Es como en la Roma imperial del circo de los gladiadores. Y que sigan investigando los eruditos tauromáquicos. Hasta que lleguen a los tenebrosos abismos de la afición.